



**UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA EQUINOCCIAL
DIRECCIÓN GENERAL DE POSGRADOS
MAESTRÍA EN DOCENCIA SUPERIOR**

**EL HUMANISMO COMUNITARIO COMO PROPUESTA PARA CONSTRUIR UN
NUEVO CONCEPTO DEL ESTADO NACIONAL**

**“Trabajo de Grado presentado como requisito parcial para optar el
Grado de Especialista Magister en Docencia Superior”**

Autor:

Lic. Hernán Pernet Yépez

Directora:

Dra. Irina Rasskin Gutman

**Quito – Ecuador
Agosto – 2013**

CERTIFICACIÓN DEL ESTUDIANTE DE AUTORÍA DEL TRABAJO

Yo, HERNÁN PERNETT YÉPEZ, declaro bajo juramento que el trabajo aquí descrito es de mi autoría, que no ha sido presentado para ningún grado o calificación profesional.

Además; y, que de acuerdo a la Ley de propiedad intelectual, el presente Trabajo de Investigación pertenecen todos los derechos a la Universidad Tecnológica Equinoccial, por su Reglamento y por la normatividad institucional vigente.

Hernán Pernet Yépez
C.I. 1702855295

AGOSTO 2013

DEDICATORIA

A la memoria de doña Bertha Yépez León de Pernet Trujillo, una mujer extraordinaria, madre, maestra y patriota.

A mi gran equipo, Silvia, mi mujer, María del Mar, Felipe, Aurora, mis hijos.

A mis estudiantes universitarios.

AGRADECIMIENTOS

A LA UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA EQUINOCCIAL DE QUITO -ECUADOR

A LOS DIGNÍSIMOS PROFESORES DE LAS UNIVERSIDADES COMPLUTENSE Y AUTÓNOMA DE MADRID, ESPAÑA

Contenido

Resumen.....	1
Summary	1
INTRODUCCIÓN	2
Capítulo 1:	5
LA FORMACION DEL ESTADO NACIONAL	5
1.1. Introducción.....	5
1.2. El Indígena Ecuatoriano	8
1.3. El Afro ecuatoriano.....	12
1.4. El Mestizo.....	14
1.5. El Blanco Criollo.....	18
1.6. Mítica de la nación ecuatoriana	19
Capítulo 2	33
EL PAPEL DE LA EDUCACION EN LA FORJA DEL SENTIMIENTO NACIONALISTA.....	33
2.1 Introducción	33
2.2. Educar “nacionalismo” versus “patriotería”	36
2.3. Educar en equidad de género	40
Capítulo 3	44
EXTRUCTURANDO LOS ORIGENES DE LOS PROBLEMAS EN EL ECUADOR	44
3.1 Introducción	44
3.2 La raíz emocional de los problemas en el Ecuador	44
3.3. La mediocridad de las elites del ecuador.....	57
3.3.1 El proceso reformador incluso del general Eloy Alfaro Delgado	65
3.3.2. La continuidad del ayer los herederos del poder	66
3.3.3. Una personalidad dual.....	73
3.4. Los regionalismos	74
3.5. La mentalidad de la pobreza	77
3.6. El papel de las fuerza armadas.....	80
3.7. Conformismo, dolor, tristeza	86
3.8. La brecha emocional entre ricos y pobres.....	89
3.9. Los medios de comunicación	96

Capítulo 4	100
RECONSTRUYENDO LA MENTALIDAD ECUATORIANA PARA UN NUEVO CONCEPTO DE NACION	100
4.1 Introducción	100
4.2. Segunda independencia	103
4.3 Diez propuestas para construir la nueva nación	107
4.3.1. El antirracismo.....	107
4.3.2. La equidad de género	109
4.3.3. La libertad de conciencia religiosa.....	113
4.3.4. El nacionalismo pragmático	121
4.3.5. La ecología redentora	123
4.3.6. La construcción del ideal: (re)potenciar la herencia cultural y estética	125
4.3.7. La sublevación educativa	132
4.3.8. Masificación y obligatoriedad de la práctica deportiva	133
4.3.9. Imposición obligatoria de la doctrina de la emancipación	133
4.3.10. Firmeza y disciplina.....	134
Capítulo 5	135
EPILOGO: CREDO DE LA LIBERTAD	135
REFERENCIAS CITADAS.....	141

Resumen

Es un análisis crítico severo del Ecuador contemporáneo y su realidad.

Dónde la génesis del drama, cómo se desarrolló, cuáles han sido las consecuencias y cómo debemos enfrentar el desafío de la Gran Nación.

Plantea un proceso formativo, crítico para cambiar la mentalidad actitudinal de los ecuatorianos que permita enrolar la nación al progreso, la equidad, el antirracismo y forjar un país potencia regional sustentada en la filosofía del Humanismo Comunitario.

Palabras clave: Segunda Independencia; Cambio de Mentalidad; Autocrítica Severa; Identidad

Summary

It is a harsh critical analysis of contemporary Ecuador and reality.

The genesis of the Ecuadorian drama, how it has been developed, what have been the consequences and how can we face the challenge of the Great Nation.

It proposes a learning process, critical in order to change the attitudinal mindset of Ecuadorians that allows to enroll the Nation in the progress, equity, anti-racism and to forge a sustained regional powerful country into the philosophy of Communitarian Humanism.

Key words: Second Independency; Change of Mentality; Strict Self-criticism; Identity

INTRODUCCIÓN

Este ensayo monográfico, previo la obtención del título de Magister en Docencia Superior, trata sobre la identidad nacional ecuatoriana: EL HUMANISMO COMUNITARIO COMO PROPUESTA PARA CONSTRUIR UN NUEVO CONCEPTO DE ESTADO NACIONAL.

La intención de la investigación y propuesta se llevó a cabo usando los parámetros, estrategias y visiones que cada uno de los conferencistas expositores propuso en las clases y talleres que durante más de años tomamos los estudiantes de la primera promoción de dicha maestría.

Es una investigación y es también un texto de reflexión crítica sobre el Ecuador.

Pero es más, es un llamado a la conciencia comunitaria y cuyos portaestandartes son mis alumnos universitarios para central objetivos y propuestas para construir la gran nación.

El trabajo habla por sí solo. Dejo pues la valoración a su iluminado criterio.

Edicto a la conciencia patria

La historia de esta hermosa nación andina, enclavada en la parte meridional del sur continental de América, es una perpetua sucesión de acontecimientos que en veces descuellan por su proximidad al absurdo y en otras por el virtuosismo humano, capaz de ir más allá de los límites de su propia fuerza.

Ecuador es, sin duda alguna, el país más privilegiado del mundo en su consistencia natural. Un paraíso de magia y belleza dotado de entornos

paisajísticos cuya hermosura delirante, desconcierta a propios y extraños por su multitud de matices y como consecuencia de ello de emociones encontradas.

Es también un país pasmoso, absurdo, con facetas lúgubres, de penumbra, que arrinconan al espíritu por la indignación y como tal exige la total resurrección de la conciencia para equilibrar la razón.

Ecuador es una de las naciones con mayores contrastes del continente, un país donde los ricos tienen demasiado y los pobres absolutamente nada.

Es una patria donde la condición humana y de respeto comunitario no ha llegado a su magna expresión y al contrario persisten con macabra ironía, el racismo, la exclusión, y variadas formas de esclavitud.

La injusticia y la corrupción son actores perpetuos del quehacer diario, la incoherencia entre lo que se dice y lo que se hace es permanente.

Es un país que vive en indisoluble fantasía, sin terminar de despertar de la larga pesadilla iniciada desde los instantes mismos en que los ibéricos tocaron las costas de nuestra territorialidad amerindia.

Humillado, subyugado, oprimido, vencido, casi a la saga del progreso, es sin embargo no merecedor de ese execrable destino pues su gente, su pueblo, noble y sincero al extremo, ha pagado ya y con altísimos costos su orfandad de maledicencia, su ingenuidad bondadosa, su candor nacido del encanto hipnótico gestado por el generoso entorno natural.

Se vuelve como tal una necesidad de sobrevivencia y de desafío inenarrable el enfrentar el amargo pasado, para que a partir de la autocrítica severa sea posible enrumbar la proa de la historia y enmarcar el futuro en la senda que nos lleve a ser una potencia regional, no solo económica sino cultural y estratégica.

La revolución mental es por tanto un hecho necesario e ineludible.

Porque únicamente a partir de un cambio de mentalidad radical, intenso, profundo, proyectado proporcionadamente en su fondo y en su forma se logrará transformar el Ecuador, y hacer de éste siglo, el más promisorio de su historia.

Capítulo 1:

LA FORMACION DEL ESTADO NACIONAL

1.1. Introducción

La república del Ecuador, es decir el Estado nacional forjado a partir de 1830, ha tenido un proceso formativo como nación, que se dice a sí mismo soberana e independiente, marcado por acontecimientos desconcertantes y absurdos y que de una u otra forma han definido el destino ambiguo que hoy enfrenta.

Son variados los hechos que marcan su suerte pero el primero de todos está directamente relacionado con su memoria histórica, es decir con la reminiscencia de su legado actitudinal, el mismo que no obedece a un juicio objetivo, claro y coherente sino que se funde en las escabrosas ciénagas de los silencios soterrados, de los acomodos deliberados, de los absurdos interpretados a su gloria y manera.

Está por cierto el deliberado excluir a los diversos actores y el elevar a la condición de próceres, de ídolos, de aguerridos patriotas, a los representantes del sector dominante tradicional.

En unos casos el blanco criollo, o el mestizo subyugado a la impronta racial, que impuso honores y dignidades, acorde al color de la piel y los recursos de propiedad que tuviera.

Una historia que defiende a los actores del genocidio indígena aseverando que la cristianización obedecía a un mandato divino.

La esclavitud de indios y negros únicamente mencionada de forma tangencial, no eludida por conciencia y vergüenza sino porque hasta hoy el pensamiento y valoración de los hechos funciona bajo la perfecta esclerosis de la razón y la sutil prepotencia, forjada y consecuencia de una educación incoherente, débil, mediocre, destinada desde un principio no a liberar sino a perfeccionar las cadenas de la dominación.

El drama del Ecuador no ha sido interpretado en su real dimensión, al contrario en momentos parece que la memoria histórica no rememora ni analiza los acontecimientos con objetividad, sino que da rienda a la utopía y más a un delirio de ensoñaciones que hace de la verdad una fabula fervorosa con el deliberado intento de traicionarnos, de mentirnos, pues presintiendo la realidad nos negamos a aceptarla, por cruel, por angustiosa, por nefanda.

Ante esa verdad, solo la autocrítica severa.

La única verdad es la que nace desde la entraña misma de la razón, sustentada en la exigencia social.

La primera gran dificultad estructural del Ecuador es el racismo.

Cuando en 1830 nace como república independiente y dice haberse liberado del yugo del reino de España, ha dicho una verdad a medias. Porque la otra verdad es que esa tan proclamada independencia fue únicamente del sector blanco criollo, es decir de los mismos descendientes de los ibéricos que habían gobernado estas tierras para beneficio de la corona española.

Estos personajes hicieron de la primera independencia el artificio perfecto para acelerar el proceso de depredación y humillación, igual a lo acontecido en los tres siglos que lo precedieron, con la única diferencia que no se rendía cuentas a

nadie, peor a España, sino a la propia consistencia política estratégica, fecundada en el naciente Estado nacional.

En realidad cambió muy poco.

Se articuló un modelo de nación siguiendo modelos y paradigmas cuyos emblemas fueron luz de la revolución francesa o de la norteamericana, pero lejanos de ser efectivos en un país donde el modelo de comportamiento social mantenía los ribetes del feudalismo más fundamentalista, lleno de taras sociales, de complejos hereditarios, de oscuras tradiciones y de los más increíbles perjuicios.

Los únicos realmente beneficiados de aquel momento de la independencia fueron pocos, muy pocos, pues la gran mayoría de habitantes del Ecuador naciente, continuaba en iguales y peores condiciones de como las había tenido durante el período colonial.

Nace la república, se escenifica una serie de normas, estrategias, disposiciones administrativas, constituciones políticas, todo para dar la apariencia de nación soberana e independiente, pero subsisten los mil males, herencia del engendro ibérico.

Fue una independencia optima para todos aquellos que durante las postrimerías de la Audiencia de Quito mantenían largos juicios por manejos irregulares de fondos y tenían que enfrentar sanciones de la corona por los permanentes atracos al erario, pues todo lo presintiendo que la burda explotación a indios, negros, mestizos, cuarterones, tercerones, mulatos y mestizos, a nombre de diezmos, alcabalas, cánones, no marchaba hacia la corona sino se quedaba en manos de los encomenderos, regidores, tesoreros, apropiados como botín propio.

¡La cruel cleptocracia política de hoy, viene desde allí!

Esa primera independencia salvó a ese grupo dominante de la sanción pues tiempos antes de la sublevación independentista, estaban dictadas sentencias y se iba a proceder a la consecución de las penas, lo que hubiera implicado que varios de los ¡patriotas!, o sus relacionados no estuvieran en la revuelta libertaria ni adornando sus nombres los frontispicios de las diversas efigies conmemorativas de dicha circunstancia. Al contrario, los premió a niveles de absurdo pues tierras, minas, comisiones, erario público y otras prebendas fueron repartidos entre el pequeño pero poderoso grupo de beneficiarios de la liberación colonial.

1.2. El Indígena Ecuatoriano

El indio no tuvo cambio o modificación en su realidad. Su condición de abandono, exclusión, sumisión, humillación poco o nada ha evolucionado.

Tan poco ha desarrollado, que incluso al día de hoy, miles de indígenas, -no todos- viven en condición de dependencia y sometimiento en situación de brutal atraso.

Durante mucho tiempo se consideró que los indígenas no tenían alma, que eran menos que los seres humanos, casi en paridad con los animales y que mientras estos no hayan sido cristianizados su real condición era la de inferior al hombre y por ello, en nombre de la evangelización, se cometió uno de los más terribles genocidios que la historia tenga memoria.

Y todo en nombre del buen Dios cristiano.

Miles de indígenas han sido perseguidos, avasallados, asesinados y jamás dicho acontecer ha tenido una real sanción. Ni siquiera un reconocer de culpas. “Todo está bien, aquí no ha pasado nada”.

No ha sido respetada su cultura, sus tradiciones, su lenguaje, sus costumbres. Su tierra hurtada, sus mujeres abusadas, sus hombres torturados y esclavizados.

Hasta recién, primeros años de este siglo XXI en ciertos medios impresos del Ecuador se anunciaba la venta de haciendas, fincas, con indios incluidos; es decir el señor feudal vendía la tierra con habitantes circunscritos y tal es así que incluso hoy en la zona central de la sierra ecuatoriana, provincias de Bolívar, Chimborazo, Cotopaxi y Tungurahua, es posible constatar como los naturales son marcados en sus torsos con un número y las iniciales de los dueños. Mírese a los indígenas de la provincia del Chimborazo, por ejemplo, o el trato brutal que las compañías petroleras, mineras, geológicas dan a nuestros nativos de la Amazonía.

No hay peor ciego que el que no quiere ver.

La exclusión hacia los amerindios es una realidad palpable y lacerante. Las posibilidades de desarrollo y de un crecimiento social armónico son extremadamente difíciles pues la propia sociedad blanca mestiza urbana, se encarga de mantener deliberadamente la exclusión, la misma que se hace visible desde el trato peyorativo y de superposición de condición social, hasta la poca o mala paga que recibe por sus servicios.

La situación del amerindio ecuatoriano, fuere de la etnia que fuere o hablare su originario lenguaje es casi de plena marginalidad. La educación que reciben, -la minoría que lo recibe-, no es de calidad, muy al contrario es únicamente un sutil elemento de consolidación del modelo de sociedad blanca mestiza, con todas sus taras estructurales y mentiras sacralizadas.

La salud pública, el acceso a la vivienda, al crédito, a las variadas posibilidades de progreso es para este sector no solo difícil sino casi imposible. Miles de indígenas habitantes de los páramos andinos o en regiones selváticas han perdido su espacio vital, cada vez han sido mayormente cercados y depredados, en unos casos los propios hacendados, en otros los colonos y en otros las grandes transnacionales mineras.

El famoso huasipungo y el proceso de reforma agraria al contrario de solventar la situación para bien, hundieron más al amerindio en el desasosiego y el desarraigo.

Cuando estos han presentado su reclamo han topado usualmente con el oficialismo oficioso es decir con una pesada carga burocrática cuya consistencia mental es nula, difusa, incoherente, hábil para el vericuetto verbal y optima para santificar la injusticia.

Existe en el Ecuador, en amplios sectores de la sociedad y en especial en los urbanos y en ciertos clanes sociales rurales de mente feudal, una conducta xenófoba contra la condición indígena que se hace presente de muchas formas y varias de ellas que sobrepasan incluso los niveles de indignación.

No es porque sí, corresponde a una cimiento de larga data y terrible consistencia cuyos orígenes nefastos tienen su génesis desde la exigencia del modelo de gobernabilidad jadeó, romano, cristiano. El abuso, la imposición, la dominación, subyugó a los unos bajo los otros y puso al amerindio en condición inferior a la de paria, pese a ser éste, entre muchas cosas, uno de los sectores vitales para la economía agraria.

Todo su magnífico aporte a la medicina naturista, a las técnicas agrarias campesinas, al desarrollo de las ciencias ancestralistas, sus conocimientos profundos de carácter hermético han sido negados y excluido de todo valor y aún

más, rechazado, con insinuaciones sutiles o frontales. “Indios brujos, hechiceros”, o cualquier suspicaz disparate pero oportuno para interiorizar, para negar sus potencialidad creadora.

El racismo es terrible y lacerante en el Ecuador. Se lo ve y vive a diario. “Indios no más son”. A plena vista pese a que la comunidad haya, mimetizado el acontecer con el cinismo y la aparente simulación de los acontecimientos.

Lo cierto es que el indígena, primer componente de la condición humana del país no tiene iguales derechos, oportunidades; tiene sí, inmenso dolor, amargura, labrada por tanto infame atropello y un resentimiento que ha ido lacerando su espíritu de forma tal que en el mundo aborígen se consolida más el destello de rechazo a todo lo constituido, por considerarlo viciado de maldad e injusticia.

El indígena sigue en mucho siendo inocente político. Hasta la actualidad y pese a que ha conformado movimientos de reivindicación de su esencia vital, sigue siendo engañado, mentido, burlado por sus propios representantes o por los mismos herederos del ayer feudal.

Es decir el problema del racismo en nuestro Ecuador es ante todo y sobre todo un problema mental.

Y son millones, y su condición de vida sigue siendo marginal y sus esperanzas continúan todavía en la lejana penumbra del porvenir. Mientras tanto como hemos visto, éste, el componente étnico, base del país, no tiene la fragua ni la consolidación para ser aporte al avance, al contrario, es un lastre, terriblemente pesado.

1.3. El Afro ecuatoriano

El negro ecuatoriano se somete a los mismos síntomas que el indio. Es también excluido, aborrecido, humillado, lacerado, perseguido. Si bien su condición de esclavo fue superada hace algunas décadas su situación de liberto no ha significado avance alguno, todo lo contrario, usualmente vive en la pobreza total, abandonado a su suerte, sin mayores oportunidades y continua siendo objeto de una deliberada exclusión discriminatoria pues, tanto los medios de comunicación, cuanto el ser actitudinal de los otros actores raciales del país, lo marginan con especial saña.

El aporte de la negritud al país ha sido significativo en varios frentes, desde su magnificente fortaleza física que fue en parte el sustento de la explotación criolla hasta sus elocuentes victorias deportivas; más el aporte del Ecuador hacia ellos, prácticamente nulo.

Ser negro en el Ecuador equivale a ser de segunda clase para quien hay exigencias de ley y comportamiento, pero sus derechos no constan muchas veces ni en los registros de leyes y ordenanzas. O peor, si los hay, no se cumplen.

Se dice que somos iguales y que el trato debe ser semejante para todos, la realidad es significativamente diferente y del más de millón de negros ecuatorianos en plena capacidad de generar riqueza y como tal mejorar su realidad tan solo el 6% de su totalidad vive en condiciones saludables, el resto son parias que mueren en los suburbios más miserables, sin las más elementales condiciones de sobrevivencia.

La zona de San Lorenzo, Esmeraldas, los suburbios de Guayaquil, Babahoyo, Machala, el Chota, Mira, el Juncal, toda la ribera de la vía férrea Ibarra, Guallupe,

Lita, Cachaco, Parambas, hasta el puerto marítimo y otras regiones, tienen una alta intensidad de negritud pero sus condiciones de vida son aterradoras. Para ellos la educación, el trabajo, los derechos humanos, la equidad de oportunidades es una simple entelequia.

Allí la frase de un mañoso cacique esmeraldeño, -Plaza Monzón-, cuando sarcásticamente en un debate del Congreso Nacional repitió: “si, mis negritos son”, dando a entender que su condición no era equivalente a la de ser humano, libre y auténtico sino su propiedad privada, ajena de los otros componentes de la territorialidad nacional.

Sin duda que la situación del negro es parecida a la del indio y de igual forma, considerados como seres inferiores e indignos de una mejor situación.

Es ya de por sí evidente que casi la mitad del todo humano del país, está desarraigada y mutilada de esperanzas.

Este racismo aterrador ha pasado a los ojos del común ciudadano como una especie de condición normal, previamente establecida, como aceptando un macabro determinismo que impone la sumisión a las condiciones adversas, el aceptar los acontecimientos como un hecho del destino, sometido a la potestad de presuntas fuerzas superiores o peor aún, aceptando resignadamente su derrota en vida.

Evidentemente el suceso tiene varios parámetros de análisis y evaluación, pero en éste caso, la intención es aproximarnos a una realidad que jamás ha sido tocada por los estudiosos del tema sino que, obedeciendo a la vieja escuela de mentalidad feudalista y anti crítica, dejado de lado el hurgar un punto delicado e importante de la sociedad ecuatoriana.

El problema tiene su génesis en la condición mental. El Ecuador tiene una pésima herencia de filialidad colectiva. Desde el principio de los tiempos cuando nuestras civilizaciones amerindias localizadas sobre la actual área geográfica del país, fueron agredidos y colonizados por el incario hasta la domesticación teológica impuesta por la corona española, lo único que percibió nuestro pueblo es un afán de ser avasallado, humillado, dolido, explotado.

Es decir que ya desde la primera simiente existe un peligroso desgaste de la consistencia de la personalidad colectiva, los conglomerados sociales de principios de nuestra nacionalidad perciben como esencias formativas la dependencia y la vil obediencia.

El ibérico fue terrible y a pretexto de forjar el mestizaje abusó impunemente de las mujeres negras e indias.

Fue la forja del mestizaje.

Aquel acontecer fue otro elemento que se adiciona a la ya débil inicial estructuración.

1.4. El Mestizo

El mestizo, -la mayoría de habitantes del Ecuador-, heredó los complejos previamente mencionados y como tal el desgaste de la consistencia y descendiendo de la mezcla de éstos actores raciales, obedeció no a la esencia virtuosa sino a la parte más nefanda del espíritu de la dominación.

Obedeció a los complejos actitudinales de los peninsulares, llenos de prejuicios, de absurdas pretensiones nobiliarias, de presunciones de sangre y alcurnias todas representadas en un modelo vertical de dominación.

Se aceptaba como coherente todo lo que el ibérico lo impuso como parte de su cultura y negó, en veces hasta con degradante humillación todo lo que correspondía a su parte negra o india.

Es a partir de aquí el mestizo el mayor actor del racismo. Reniega todo lo que lo relacione con su pasado indígena o negro y exalta hasta el nivel del delirio lo que lo aproxime al modelo de ciudadano español.

El mestizo no quiere saber nada de las lenguas o costumbres nativas, las mira como inferiores aunque permanentemente haga uso de locuciones y tradiciones y se solace.

Son tan intensos los difusos actitudinales del mestizo, que la parte positiva, vital, dinámica de las razas preteridas, se las adapta hacia sí, pero con un toque en veces folclórico y en otros dramáticos que deslindan su real origen.

La mentalidad mestiza padece de tremendas fallas reflexivas, consolidadas tan fuertemente que parece son aceptadas como normales y justificadas a plenitud por la comunidad cuando la realidad es que subsiste deliberadamente, un mentirse a sí mismo como pueblo y nación, un engañarse y al fin, un conformismo irracional que raya en el absurdo.

Un ejemplo de proceder es la descomposición institucionalizada en todos los órdenes.

Los niveles de anarquía en ciertos niveles de la sociedad bordean el absurdo.

Se delinque en cantidades multimillonarias y justo los propios actores del delito aparecen a dar normas de comportamiento y de principios. Es desconcertante, pero existente. Vivimos en una desnaturalizada fantasía, como en una perpetua orgía de incongruencias.

Por cierto que el mestizo sabe muy bien todo lo que acontece y tiene estructurada su reflexión crítica de tal forma que asimila los acontecimientos con claridad meridiana, conoce, sabe, se revela, protesta, pero cuando el hecho supera la emocionalidad reactiva, cambia, casi instantáneamente y si no se duele al menos minimiza el acontecer, trata de olvidar, se resigna pero inmediatamente cae en la misma dinámica de descomposición por la propia complicidad silenciosa.

Es emocional, sensiblero, llorón. Es ácido en el humor y conlleva en su formación interior un espíritu noble y generoso pero al mismo tiempo desarrolla ciertas actitudes innatas, la astucia, la picardía, el doble sentido y una serie de recursos de comportamiento con los que logra adaptarse y sobrevivir en el contexto comunitario.

A partir de estos elementos matrices del consolidado humano del país, es decir, indios, negros, mestizos y blancos, se derivan una infinidad de mezclas que dan un inmenso colorido racial y genético pero todos adjetivados bajo un mismo modelo actitudinal.

Como puede el Ecuador fraguarse en una amalgama profunda de nacionalismo liberador, si como pueblo ha sido fecundado y forjado con un arquetipo mental que como hemos visto, corresponde en sus parámetros sustantivos a excluirse unos a otros, a segregarse.

Nuevamente, es un problema de mentalidad. Y mientras subsista dicha condición en la conducta colectiva poco será lo que se pueda avanzar.

Cambiar, sí, cambiar la mentalidad, hacer una gran revolución de la imaginación.

Aceptar en principio y con fe absoluta la grandeza de la condición del ser humano, no guiado por las diferencias étnicas, sino al contrario, por la certeza del humanismo superior; que al hombre, al ser humano, por el propio hecho de serlo, lo confiere la más alta dignidad.

Cambiar la mentalidad.

Imposible se dirán.

Cómo va a cambiar algo que está establecido por cientos de años, algo que es costumbre si a más de ello todos sabemos que somos indolentes, que nos hemos acostumbrado al ensimismamiento virtual donde el ilusionismo existencial está presente, con saña, sin cordura.

Cambiar la mentalidad.

Imposible.

No, no es imposible.

Al contrario, todo está en nosotros, en todos y cada uno de nosotros.

1.5. El Blanco Criollo

Es el hijo del desconcierto. Los herederos sanguíneos de los ibéricos quienes se perpetuaron en el país bajo la presunción que la herencia feudal, las chifladuras heráldicas, el delirio de su “pureza de sangre” y otros adefesios medievales la garantizaban la superioridad racial y como tal los aseguraba la regencia social y el poder.

Con honrosísimas excepciones que han brillado con luz propia y han aportado a la consolidación de la nación, la mayoría han sido delirantes y enajenados actores de un pésimo circo político donde su sangre cleptocrática ha desbordado los límites de lo absurdo.

Siguen aun rigiendo de una u otra forma y su aporte a la construcción y a la equidad comunitaria topa con sus propias contradicciones desde la interpretación de la fe hasta un fanatismo volcánico que recuerda los momentos más espantosos de la inquisición cuyos heraldos contemporáneos se disfrazaban de “Tradición, familia y propiedad”.

Muchos de ellos zafios y perversos, fueron esclavistas, explotadores, injustos, soberbios, prepotentes y sin duda cizaña maldita. Y no son sino 300 clanes familiares.

¡Ah y por cierto!, devotos practicantes de la fe.

¡Fariseos con títulos nobiliarios!

1.6. Mítica de la nación ecuatoriana

El drama del Ecuador en su hacer organizativo como Estado y en la real participación democrática de la ciudadanía es por decir lo menos aterrador, humillante y vergonzoso.

1830, inmediatamente que nacemos como república el mando de la misma y las disputas de pequeños pero atrabiliarios grupos de poder, transforma al naciente país en un ring de ridículo sainete donde se escenifica la más tétrica de las tragedias.

Los líderes políticos de aquellas épocas eran en su totalidad representantes de los sectores criollos, unos menos ilustrados que otros pero aliados de honor del poder eclesiástico, de la iglesia.

Es decir eran líderes de mentalidad feudal santificada por sus aliados místicos. Mentalidad feudal a punto tal que ni bien nacidos a la república varias provincias, - departamentos- de la época se niegan hasta la exacerbación en ser parte de la dinámica administrativa del Estado naciente.

Cada uno va por su lado y dispone al antojo de sus líderes y caciques las normas de gobierno. Loja, Azuay, la Provincia de Guayaquil en su momento, se declaran simuladamente “Estados” independientes, soberanos, casi insinuando un primitivo federalismo.

Dichas pretensiones tuvieron consecuencias terribles.

La consolidación del espacio territorial ecuatoriano fue casi un mito. Cada región defendía lo suyo, como que el resto no contara.

Hacer un país unificado y armónico era quimérico.

Costa y sierra eran mundos totalmente lejanos. Imagínense la amazonía y Galápagos. El poder no era un acontecer realmente democrático y participativo, muy al contrario era una feria de intereses de los sectores dominantes, es decir los herederos de la independencia.

El único actor del periodo formativo de la república es el líder de mentalidad feudal y de ensoñación regional.

El concepto país, nación orgánica, no cabe en sus mentes. Es por ello, por esa inicial dispersión de fuerzas y afanes, por ese absurdo enclaustrarse en sus provincias, que la vil codicia de Colombia y Perú nos va desmembrando a jirones hasta volvernos, en lo que somos hoy, un país reducido a casi la quinta parte de su original dimensión.

Ese Ecuador, manejado por pusilánimes, mendicantes de honores, rapazuelos vende patrias, estaba sin embargo adornado de buenos seres humanos pero que por las consideraciones histórico sociales de la época tenían valor insignificante.

El negro, el indio, los mestizos, eran de segunda clase. No contaban para nada o mejor contaban como carne de cañón para las batallas de los grandes señores de mentalidad ancestral.

Aquel mal usufructo del poder, aquel abuso inclemente de la inocencia popular fue mediocrizando, anulando cualquier afán lírico de hacer una gran nación.

Ser elector en un proceso electivo implicaba tener un color de piel, mientras más ibérico mejor y una cantidad sólida de dinero, de caso contrario no era ciudadano.

Es decir la gran masa del país era “don nadie”, solo “pueblo”.

No ciudadano.

Tuvieron que pasar varias décadas de absurdo oscurantismo mental, de traspies tras tropezones, de disparate tras dislate, de traición, tras perfidia, de debilidad estructural tan marcada que el daño hecho al naciente país se vio inmediatamente en la escasa, casi nula posibilidad de desarrollo.

Un país inmensamente rico, de una fecundidad sin nombre, viviendo en la pobreza más indigna, mientras el pequeño sector de mentalidad feudal, terrateniente, comercial, desdibujaba el sentido de nación en la perpetua jarana de la republiquita del olvido.

Únicamente la presencia severa del General Eloy Alfaro, el primer santo laico de la patria, daría sentido de organicidad y orden pese a la más bellaca y oscurantista de las oposiciones, a punto tal de asesinarlo.

Con él se logra al menos un mínimo aporte al sentido de lo que realmente tiene que ser un Estado y como tiene que desfeudalizarse para avanzar.

Pero las viejas y poderosas fuerzas no permiten un progreso mayor y el proceso poco a poco va perdiendo energía pues nuevamente aquellos mismos pero poderosos grupos de siempre retornan al poder.

Pensar en un país realmente justo y equilibrado era y en mucho es, una entelequia pues lo acontecido redobla en veces los ribetes de lo increíble.

La Democracia jamás ha sido tal.

Nunca.

Ha sido una farsa impúdica, un engaño sistemático, una burla a la comunidad.

En ningún tiempo, léase bien, de ningún modo quienes han dicho tomar la representación soberana del pueblo han cumplido con el mandato por ellos

retenido. Nuevamente, léase bien, ninguno o casi ninguno por darle opción al optimismo. Posiblemente Alfaro. Algo García Moreno. Tal vez unos tres más. El resto, buenos mentirosos, orfebres de la palabra, encantadores melindrosos, embusteros, farsantes, actores de mala racha.

Si usted se da un repaso sosegado por los actores, acontecimientos y circunstancias que dieron con tal o cual gobierno encontrará en los extramuros, en el dintel del secreto, hechos verdaderamente indignos y oprobiosos.

Delincuentes disfrazados de caballeros.

Si no lo hacían ellos lo hacían lo suyos.

Lo único que cuenta es la apariencia porque tras de ella crecieron inmensas fortunas, se dieron atracos inauditos, se vendió la patria sin miedo ni retozo.

Cada administración tiene cosas indignas al extremo.

Negociantes de armas, vendedores de la bandera, depredadores de los mares, criminales de las selvas, hijos del diablo petrolero, malditos empeñadores de la economía, todos, todos tienen salpicado el excremento de su inmundicia.

Creen por cierto que el pueblo es inocente, que no pasa nada, porque nunca ha pasado nada, porque no pasara nada, mientras subsista esa mentalidad domesticada por la mala costumbre de vivir en la derrota, en la humillación, en la subyugación.

Democracia es palabra prohibida en el Ecuador, es más próxima a publicidad de un jabón detergente de enjuague rápido, que a la real significación y contextualización de su hacer.

La democracia es ante todo y por sobre todo libertad, es decir humanismo.

La única real libertad que hemos tenido los ecuatorianos es la de reírnos, porque conociendo nuestro drama el llorar no purifica, quizá el reír sí.

La democracia que nos han hecho creer practicamos es una farsa. Un juego inútil. Lo que existe es partidocracia, es decir la exaltación de los clanes políticos bajo la presunción de partidos ideológicos.

Y los partidos políticos son, como todos bien sabemos, cuadrilla impúdica de libertinos audaces donde el monto de la inversión o la capacidad de doblar el espinazo ante el padrino mafioso, define la buena o mala estrella del servil.

Partidos ideológicos, ¡pobres diablos!, ¡ridículos!, lo que hacen y han hecho es un ensamble empalagoso de pensamientos y reflexiones, de dogmas y principios tomados de corrientes y filosofías extrañas, cual una ensalada disparatada de conceptos y propuestas.

Revise usted el ideario desde el original del partido Conservador ecuatoriano hace más de un siglo, con cualquiera de los últimos movimientos de esta década del siglo XXI. La misma dogmática, la misma obscenidad lingüística, nada realmente de fondo.

Libertades de cartón. Ordenanzas de pacotilla. Hasta el día de hoy el Ecuador no termina de ponerse de acuerdo qué mismo es y a dónde mismo quiere ir.

Elabora una tras otras constituciones, cartas magnas, constituyentes, y continuamos en ridícula peregrinación al pasado confundiendo el desarrollo, el avance, sin terminar de aceptar que el problema no es la ley, el problema es la actitud mental del ciudadano.

No cambiara, por perfecta que sea una legislación o constitución mientras la mente actitudinal del ecuatoriano no dé un giro radical.

Cambia la mente, cambia el país.

El real modelo democrático es totalmente participativo y tiene que tener en la geometría filosófica, el diseño de su articulación de carácter solar.

Es democracia solar, un círculo grandioso de donde se irradia y se refleja el poder. Tomando como base a partir del eje familiar, a la junta barrial, a la parroquia y desde éste estamento privilegiar la participación comunitaria.

El gobernante solo obedece la instrucción de sus designadores.

De aquí en adelante todos los actores políticos, es decir toda la sociedad son activos e interrelacionados. La vieja estructura vertical del poder desaparece. Un voto, una determinación se la toma en consenso y el mismo consenso toma cuentas a los ejecutores.

Del pueblo sale y al se debe.

Democracia representativa. Macabro exorcismo de las conciencias melindrosas.

Farsa.

La doctrina que forje la real democracia tiene que ser auténticamente nuestra y liberadoramente universal, El Humanismo Comunitario.

La democracia plenamente participativa. La representativa es falsía.

El país de los caciques, de los reyezuelos regionales, es un país imperiosamente clientelista. Es decir funciona acorde al pago de servicios en casi un código de estructura mafiosa y de gamberrismo organizado.

No es nuevo, desde el principio de los tiempos cuando la república se organizaba el sentido común fue el más lejano de todos.

El forjar un país realmente articulado, armónico, interdependiente entre todas las regiones, era una mera banalidad conceptual pues la mentalidad reinante era totalmente esclerosada, pequeña, sin miras, sin real sentido de nación, postrada en sus reinos de privilegios con indios y negros esclavos y con la inocente presunción que fuera de sus límites nada existía.

El Ecuador no toma conciencia plena de su realidad ni siquiera cuando los vecinos continúan sus perpetuas avanzadas en la territorialidad ecuatoriana y lo van diezmando paso a paso.

Exclusivamente allí y por incipiente vez, el sentido de organización y rebelión colectiva se hace presente, para el grito, la protesta, pero no para más.

Singularmente para la alharaca vocinglera de pseudo patriotismo; el rato de los ratos los acontecimientos demuestran una total desorganización, una falta absoluta de criterio de ciencia política, de estrategia militar, de arte diplomático, pues únicamente se ha dado rienda suelta a la estúpida concupiscencia de pequeños sectores, presuntos árbitros y actores de la vida del país.

Es evidente un problema de mentalidad; si nos ponemos en la época de los sucesos, de cada uno de ellos, quizá podríamos comprender porque se dieron de tal o cual forma, pero si miramos desde el prisma del tiempo y con mayor objetividad, no cabe duda que seamos producto de una absurda, demencial, torpe, estructuración del poder.

Una nación que mantiene en su eje ideológico rezagos oscurantistas del pasado o subsista en interpretaciones arriesgadas y tragicómicas de modelos externos de gobernabilidad, difícilmente puede evolucionar hacia un porvenir más diáfano y justo.

Y junto a esa concepción se remachaban y en parte aun persisten, arquetipos estructurales y de comportamiento heredados de la “madre patria” e incluso modificados y perfeccionados en el entorno, dando rienda suelta al establecimiento de conductas terriblemente indolentes, permitiendo la formulación de un Estado ilícito hasta el extremo, de orientación perpendicular, rígida, de imposición de unos pocos contra otros muchos.

De allí que la génesis del primer partido político del país tenga como matriz el poder de la Iglesia Católica y de los grandes señores de la tierra.

Por ello y nuevamente recordando como al nacer el partido Conservador su gran ideario es atesorar todo como está, nada hay que modificar, la palabra mismo lo dice, conservador, que conserva; modifica a lo mucho aquellas leyes que no sean plenamente ventajosas para el pequeño pero vigoroso sector dominante, el resto está perfectamente organizado. Y punto.

Los de segunda y por lo tanto no ciudadanos y como tal con derechos limitados, toda la inmensa mayoría del país.

Y en dicha historia con los conservadores a la cabeza nos llevamos varias décadas hasta que el nivel de oprobio, de marchitamiento de la comunidad era tan lacerante que la revolución liberal es impostergable y para que ésta triunfe será necesario mucha sangre, mucho dolor. Miles de muertos.

Únicamente allí tuvimos un real sacudón para cambiar y avanzar, pero las fuerzas oscurantistas nunca han estado dispuestas a ceder espacios e inmediatamente empezó la contra revolución que de una u otra forma supervive hasta el día de hoy.

La necesidad de ampliar el espectro de participación comunitaria en la solución de problemas comunes hizo que los viejos caciques del poder instituido facilitaran la existencia de los primeros partidos políticos, con cierta apariencia de democráticos pero prontamente copados por intereses de los mismos sectores dominantes de siempre, dando a la figura democrática solo la mera traza de ser participativos y facilitando un presunto juego de intervención republicana, mañosamente denominado democracia representativa y que no hizo sino oficializar el turbio dominio de pequeños estamentos de carácter mafioso tomados de los mambres políticos.

Cuando se recorre la historia política de más de 84 movimientos o partidos políticos a lo largo de los últimos cien años, es verdaderamente dramático el reconocer que absolutamente ninguno de ellos entendió el hacer político en su sensatez pragmática.

Ninguno, absolutamente ninguno de estos viejos partidos de carácter caudillista, logró formar una escuela de ideología o liderazgo para constituirse en una alternativa participativa.

No, jamás.

Han sido y de alguna manera siguen siéndolo grupos de amigos o agremiados bajo un interés o ideal común pero que siempre privilegian el fin particular antes que la intención general.

Dicho acontecer en el pensar y actuar político, incoherente, improvisado, ha sido sin embargo poderosamente útil para el usufructo del poder de estos grupos.

El mismo hecho de existir una acción política incoherente, bajo la asignación lírica de presunciones renovadores, de hacer uso perverso de las necesidades y el

clamor comunitario para apoderándose de estas circunstancias banalizarlas, imponer un mensaje populista exacerbante donde no se patrocina el cómo hacer y cuándo hacer, sino que se deja en el aire una sensación de inocencia de tiempos y espacios.

Todos han repetido el mismo mensaje, todos sin excepción han usado las progresiones comunitarias como caballo de Troya para mantenerse o lograr el poder y cuando han accedido a éste no han sabido que hacer; han improvisado, han malgastado los pocos recursos y lo que es peor aun han prostituido la acción política hasta el nivel del albañal de forma tal que el común ciudadano no solo tenga recelo de participar honestamente, al menos con su opinión, sino que siente asco, disconformidad y como tal prefiere ser un espectador silencioso.

Es cuestión de mentalidad y ésta aunque está emparentada con la educación no es su única variable pues la formación dentro del entorno familiar, la influencia de carácter religioso, las buenas y malas costumbres, tomadas como parte del hacer actitudinal de los ecuatorianos, los efectos directos y colaterales engendrados en los diferentes grupos sociales acorde a sus circunstancias económicas, situación geográfica, raza, origen, acontecimiento social, cada una de estas, arquetipada con su propia esencia de haberes y deberes, de virtudes y detritos, todas en conjunto, se asocian a una mentalidad común que es la que al final de cuentas ha definido al Ecuador de hoy.

Cuando a lo largo de los tiempos aquellos que han sentido una real preocupación por los intereses nacionales, han intentado aportar a la modificación del estatuto vigente, han terminado guiando su afán a un errado pensar que todo el asunto corresponde a leyes, normativas, ordenanzas, aseverando que la certeza jurídica es de por sí un camino.

Existe un error terrible en la visión objetiva de los hechos y en el cómo enfrentar los mismos.

Lo primero que olvidaron y que debió realmente ser lo que se tome en cuenta es la consistencia particular y privativa de los diferentes estamentos que conforman la comunidad y no como se ha hecho un proceso asentado en el pensamiento y articulación de una determinada estratificación social.

No es, por ejemplo, el mismo poder decidor, la ley penal para el mestizo que para el indio. Éste tiene su propia jurisprudencia, su actuar acorde a su herencia milenaria, por lo que la imposición de un modelo jurisdiccional que no tome en cuenta las características privativas de cada grupo tiene como consecuencia un actuar ciego e incoherente.

El ejemplo previo se repite en infinidad de hechos de la vida diaria, lo que nos concluye que se han dispuesto las cosas sin real y profunda conceptualización y racionalización de la idiosincrasia de los múltiples sectores que convergen en la territorialidad ecuatoriana.

¡Pobres diablos!

No tienen idea de lo que es hacer una gran nación.

Otro elemento importantísimo y que jamás ha sido tomado en cuenta en la coyuntura y planificación es el uso eficiente del poder gubernamental, pues tradicionalmente radica en los líderes habituales, olvidando un elemento trascendentalismo de la consistencia personal del ecuatoriano.

Son los diversos complejos de presunta inferioridad o presunta superioridad, forjados y acumulados desde tiempos pretéritos a la colonización, consolidados en ésta y fortalecidos hasta la cerrazón mental absoluta en la contemporaneidad.

Ecuador es un país que tiene pánico bárbaro a ciertos desafíos que impliquen un esfuerzo permanente, conjunto, organizado y de gran disciplina.

Eso hoy por hoy es imposible pues su génesis radica en la herencia patriótica, en otras palabras, en la memoria colectiva de la permanente agresión por los vecinos del sur y del norte y de nuestras propias aristocracias vende patrias y el haber llevado al país de sus originarias dimensiones, más allá del millón de kilómetros al tamaño de hoy, poco menos que la quinta parte, es en el inconsciente colectivo una de las más viles afrentas y sin duda la huella lacerante más intensa que carcome el espíritu del civismo batallador.

Ha nadie le gusta una leyenda histórica que está llena de derrotas, pues aquellas de carácter militar y su consiguiente mutilación territorial no fueron únicamente hasta allí sino que se produjo una amputación de la fe, de la consistencia moral, de la capacidad competitiva y efecto de ello es por ejemplo el gigantesco enjambre de capitulaciones que tenemos en las competencias deportivas regionales, continentales o mundiales.

Usualmente la posición en que Ecuador termina en dichos eventos no es de las primeras, por decirlo con suavidad, pues lo certero es que usualmente llevamos el oscuro farolito de la derrota.

No hay que engañarse, todavía realmente no hemos ganado nada. Una clasificación futbolera o una insignificante medalla olímpica no es sino eso, una insignificancia en proporción a lo mucho que realmente pudimos haber logrado.

Nuevamente, no hay que traicionarse.

Si miramos un poco más profundo, nuestra diplomacia ronda en los niveles de la insuficiencia, propios del tercer mundo. Atrasados, anodinos, llenos de

menoscabos, de formulismos y protocolos, de chifladuras medievales y el rato preciso, nuevamente en el balance poco o nada.

En los últimos conflictos militares el Ecuador algo pudo hacer para enfrentar a los agresores; llegó al campo diplomático y perdimos todo.

Dicho proceder mental va más allá aun. Los actores de diferente índole en las negociaciones internacionales de límites, de comercio, de búsqueda de mercados, de acceso a tecnología, repiten ese pulseo con el pasado y en los momentos decisivos de la negociación sale a flote el complejo de subordinación, la falta de casta y de ingenio.

Revisemos sino todos los tratados de límites con los vecinos y los negocios de minerales, de los mares, del trueque, de la banca, usualmente reina la mediocridad más absoluta.

Miren ustedes lo que dice el Observatorio Internacional del Desarrollo sobre Ecuador. Del 100 por 100 de enfrentamientos judiciales del Estado ecuatoriano con diversos agentes extranjeros, sea Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Bancos de empréstitos, renegociación con compañías petroleras, mineras, asuntos de concesiones, o relacionados con renegociaciones de la deuda, etc. el Ecuador ha perdido el 99% de los pleitos.

Jamás mi país gana.

Siempre pierde, porque implícitamente a la negociación los actores por el sector ecuatoriano son indignos, viles, vende patrias.

Todos, léase bien, todos los renegociadores y negociadores de la Deuda Externa ecuatoriana a nombre del país han vendido a su propia patria. Y si existe alguno honesto, que lo diga.

¡Ratas impúdicas!

Funcionarios estatales que traspasan la patria y prontamente brotan como de lodo de pantano fortunas increíbles.

Vuelvo a repetir, todos, todos, por acción u omisión, incluyendo aquellos caballeros que las revistas de sociedad tan determinadamente los conceden el título de probos ciudadanos, de excelentes ecuatorianos.

Es increíble lo que sucede. La mente colectiva está tan obnubilada que teniendo la realidad y la solución frente a sus ojos no la ve, no la palpa, no la siente, su conciencia crítica está anulada.

Nuevamente el asunto real para cambiar el Ecuador es una revolución mental.

Un radical cambio de mentalidad.

Capítulo 2

EL PAPEL DE LA EDUCACION EN LA FORJA DEL SENTIMIENTO NACIONALISTA

2.1 Introducción

La formación tradicional del Ecuador es trivial, decadente, no tiene ni siquiera una noción objetiva de sus reales afanes. Está basada en la premisa que aprender a leer y escribir bajo una escolaridad afianzada en preceptos específicos, significa un real proceso formativo.

Nada más lejano a la realidad.

Esa educación, la que hasta hoy tenemos como modelo es el mayor disparate de la historia y el mayor atraco a la inocencia colectiva.

Es educación elaborada y consolidada para mantener el statu quo de la sociedad exactamente como está, es decir, atrasada, incoherente y negativa en sus realidades.

Educación que privilegia el grabado memorístico de infinidad de información, conceptos, preceptos todos con la apariencia de formar, pero cuyo real efecto es una deformación persistente de la real estructura mental que debe tener el habitante del país.

La educación como está, dispensa el mantenimiento exacto, sin modificación alguna de la realidad.

Es tan brutal el arma que la dominación tiene en la educación que la evidencia son los niveles de aprovechamiento, de procesar el conocimiento para el desarrollo. Son mínimos, escasos.

Miles, miles de ecuatorianos que tuvieron acceso a la lectura y escritura, terminados su escolaridad, nunca más vuelven a tomar un libro y usualmente cuando toman el periódico, toman a un recurso comunicacional que cumple un papel de embaucador pero que refleja con exactitud la métrica intelectual y reflexiva originaria en dicho sistema.

No sabe pensar, la capacidad intuitiva está limitada a la obediencia no deliberada de normas o la repetición de conjuntos informativos en diversas áreas, sea letras, ciencias, dando a todos ellos la concreción de la certeza, ya sea porque el maestro lo dijo o porque es un hecho irrefutable en apariencia, en inocente domesticación de la deliberación.

Es una barbaridad sin nombre.

Ecuador está enquistado en el pasado y su ruta no tiene horizonte claro.

A lo largo de los tiempos, con el gobierno que fuere, nadie ha tenido la iluminación superior para reflexionar y caer en cuenta del brutal disparate que estamos haciendo.

Esa educación pésima está reflejada en los hechos, Ecuador está entre los países más corruptos de América, donde los niveles de degradación política llegan hasta los andamios del infierno de los absurdos.

Solo como ejemplo de la capacidad reflexiva consecuencia de la educación; un presidente histriónico, payaso, burlador de honras, vulgar, al ser derrocado llenó el avión de los millones saqueados al Banco Central, por su propia disposición, con

la plena complicidad de todos, de autoridades civiles, militares, etc. y todos de acuerdo lo dejaron ir. Y la comunidad quedó en silencio impotente porque no articula los procesos de conciencia crítica y liberación.

Vergonzoso, aquel truhán luego se declaró víctima y perseguido y muchos, más de los imaginados inocentes esperan el retorno del Mesías redentor.

Y otros gobernantes de igual pelambre, juntos con los de su ralea.

Más soberbios, más inhumanos, más pérfidos.

Sin embargo el pueblo, agacha su servís cuando sus opresores pasan junto a ellos e incluso los rinden loas y pleitesía.

¡Qué asco!

Sin embargo ejemplariza como la capacidad deductiva de la comunidad, efecto de su formación, es anodina, nula.

Una educación de rituales y que facilita el engaño.

Escuelas de encantamientos que luego se reflejan en la incapacidad pensativa y es como tal, fácil presa del embobamiento de los líderes de circunstancia.

Educación que anula la visión objetiva, que al contrario nubla.

Mira como ídolos o personajes de valor a narcisos esquizofrénicos, cuya vanidad rompe los límites del delirio; presidentes, vicepresidentes, altas autoridades civiles y de las otras, esperpénticos, cínicos, mafiosos, elevados al parnaso de la honra y todo porque la educación refleja la capacidad asertiva de la sociedad.

O peor cuando simples pateadores de pelota, aunque sea en el bello fútbol, se les eleva a la condición de ejemplos comunitarios.

¡Qué disparate!

Hay que dar el sitio correspondiente a cada uno de los acontecimientos, sin perder la proporción.

Miles de millones de dólares gastados en el modelo tradicional de educación del Ecuador a la par que el subdesarrollo continúa al pie mismo del hacer cotidiano.

Inversión vana.

2.2. Educar “nacionalismo” versus “patriotería”

Si mi Ecuador quiere avanzar tiene que dar un giro radical a la educación, tan radical que realmente implique un cambio profundo de la mentalidad.

No solo tendrá que cambiar los recursos pedagógicos y dejar el pizarrón y la tiza, el lápiz y el papel para ir ya, con urgencia, a la más alta y sofisticada tecnología.

Las escuelas virtuales, la tecnología del computador, el Internet, la red escolar televisiva nacional, la reciclación de los conceptos, la actualización de intereses y sobre todo el cambio de mentalidad.

Primero, antes que nada, volver actualizar el efectivo concepto de honradez. ¡Si no hay eso no hay nada! Porque honradez no es únicamente integridad, honestidad, probidad, cumplir la palabra empeñada, respetar el derecho ajeno, la lealtad, la rectitud.

La honradez es un acontecer mental.

Esa nueva educación tiene que potenciar la revolución mental y clara, aquel proceso tiene algunas variables que es necesario precisarlas.

Educar en nacionalismo y esto implica priorizar el sentimiento de ecuatorianidad al más alto nivel de la fragua espiritual.

Existen elementos pedagógicos formidables; la verdadera historia que rescate las fortalezas de los héroes negados, de la condición negra, india, mestiza, sus ingentes baluartes de sabiduría, sus propios aportes y no como es hoy una farsa acomodada a los intereses del viejo sector conservador dominante.

Este nacionalismo tiene que privilegiar no solo el apreciar en su magnífica dimensión nuestro potencial natural, la inmensa riqueza de recursos sino también un efecto de valor, de apropiación comunitaria, de autoestima colectiva y esto programado en función de una dinámica actitudinal.

Aquí siempre se debe enaltecer el volver a dar vida a la esencia auténtica.

Un país como el nuestro multiétnico y multicultural tiene allí una riqueza esplendorosa para dicho objetivo.

Por cierto será necesario ser cautelosos para no confundir nacionalismo con patriotería pues aquello significaría mantener la mente obtusa.

El nacionalismo tiene que ser coherente y ante todo auténtico, propio, sopesando haberes y deberes, pero integrando la espiritualidad cognitiva a la actuación conjunta.

No podemos regresar a los viejos patrioterismos nacionalistas, de plazas y calles, encendidos sutilmente solo cuando el conflicto limítrofe hace su aparición para luego prontamente apagarlo por miedo a que éste se vaya contra los viejos dinosaurios del poder.

Revolución mental para sentir al Ecuador como una entidad sólida, poderosa, que nos cubre, nos protege, con la cual podemos contar y no como ahora que nos da la sensación de sentirnos desamparados, íngrimos.

Para millones de ecuatorianos dentro de la frontera patria y peor aún fuera de ella, Ecuador es solo un membrete y del que más veces de las pensadas se reniega.

Cuantos casos hemos conocido de que ciudadanos del país interrogados sobre su nacionalidad la ocultan o la sueltan con un reverencial temor a ser rechazados.

Nacionalismo que proyecte la parte maravillosa del ser originario hasta los niveles de orgullo, base fundamental para internacionalizar nuestra forma de ser.

Aunque parezca raro, el nacionalismo es también un producto comercial.

Tenemos basados en el nacionalismo que vender nuestra magnificas expresiones estéticas, nuestro arte, nuestro cine por incipiente que hoy fuere, nuestra sorprendente gastronomía.

Nacionalismo para sentir como auténticamente bello lo que es así, sin dejarnos avasallar por las deslumbrantes luces de paraísos lejanos.

Nosotros somos diferentes, más dotados de hermosura y también más exóticos.

Allí otra fortaleza.

Otra variable pero vital es acelerar la conciencia de la autocrítica comunitaria. Este punto es importantísimo pues a lo largo de los años el conjunto social no ha sido realmente responsable en el juicio y actuar de los acontecimientos.

Ha dejado hacer y ha dejado pasar.

En todos los órdenes, ha existido una actitud azarosa, indolente, que se aproxima a un brutal y torpe conformismo.

Y por ello los sectores dominantes han hecho lo que les da la gana.

Aquí la revolución mental implica aceptar como necesario, imprescindible y hacerlo de forma permanente el proceso de autocrítica severa, donde no existan contemplaciones ni mediaciones acorde a interés de privilegios.

La autocrítica es fundamental para consolidar la revolución mental pero ésta a su vez tiene sus propios parámetros.

No se trata de tribunales de carácter inquisitorial que persigan y rebusquen al juzgado, nada de ello, la autocrítica es abrir todas las cartas del naipe actitudinal es decir hablar, decir y solucionar con todas las realidades de frente y no como ha sido la nefasta costumbre de dejar hacer y dejar pasar, hasta estar en los niveles de miasma pestilente que todo lo corroe.

La autocrítica es un proceso disciplinado, organizado bajo parámetros estrictos de evaluación y cuyo fin es generar políticas actitudinales para facilitar el enfrentar el cúmulo de detritos sociales.

Empieza en la cuna, va al barrio, la parroquia, la administración regional y la nacional.

En las instituciones de seguridad del Estado, Policía, Fuerzas Armadas, seguridad estratégica, etc., la autocrítica tiene que ser a manera pendular para no debilitar el mando jerárquico pero sí imponer un estatuto de autocontrol reflexivo y no de mando vertical como lo es hasta hoy.

En las otras instancias va acorde a lo que anteriormente denominamos democracia solar, es decir irradia de su propio interior pero con igual intensidad para todos.

Y a su vientre matriz retorna.

La autocrítica tiene objetivos donde se debe privilegiar la sanación social para prever y neutralizar el retorno de las fuerzas de pensamiento oscurantistas.

2.3. Educar en equidad de género

Otro elemento sustantivo como objetivo de la autocrítica y búsqueda de un nuevo modelo educativo es un trabajo intenso, profundo, para lograr una real equidad de género.

Aquí la revolución mental tiene que ser respondiendo al modelo de la república solar, es decir parte del sistema, en éste caso la familia, pero horizontaliza las relaciones y no como ha sido hasta hoy una sujeción vertical, dominante, machista, patriarcal.

Es por cierto necesario saber que los terribles dramas que sufren y han sufrido muchas mujeres ecuatorianas es un problema coyuntural, donde está emparentado el reflejo del modelo de dominación ibérica con religión incluida, junto a un brutal avasallamiento de la condición femenina basados en dogmas de carácter piadoso.

Y de brutalidad machista.

Mientras éramos amerindia, es decir previo a la conquista, la condición de la mujer no era exactamente de dependencia sino de concordancia.

Las responsabilidades y funciones en el núcleo familiar y en el comunal, estaban claramente definidas pero no acorde a la capacidad de esfuerzo físico sino a la habilidad natural propia de cada ser humano.

Las primeras grandes civilizaciones nuestras, Valdivia, la mismísima cultura Chorrera nos ha dejado un legado arqueológico estético monumental donde se refleja con exactitud los comportamientos y relaciones de género.

Si, en efecto, la maternidad tenía un rango elevado, pero de igual forma la no sujeción sino la articulación del ayllu, la tribu, la aldea a partir del eje cenacunal de la mujer.

Es decir desde allí teníamos ya la primera fuente del real humanismo.

Fue el período colonial el que definió e impuso la vigente estructura de relación con la mujer pues deliberadamente se imputó conductas, parámetros, juicios de valores, morales, sexuales, religiosos donde la mujer prácticamente cumplía un papel de absoluta dependencia y limitación.

El acceso a la cultura, al conocimiento, a una real progresión auténtica de la vida era considerado una herejía, un ir contra natura y más aún cualquier rebeldía tenía sanciones de toda índole pero extremadamente desagradables.

Desde la caracterización social con calificativos desquiciadores hasta la deshonra pública.

Ese modelo prácticamente sobrevivió hasta mediados de los años 60 del siglo anterior cuando diversas corrientes de pensamiento feminista, liberador, empezaron a tener oídos fértiles en sectores pequeños pero conscientes de la sociedad.

El mismo ingreso a la universidad por parte de la condición femenina hacia principios de dicho siglo era mal visto. En 1930 el número de mujeres en la universidad era mucho menos que el 7% del total de estudiantes.

¡La mujer en la universidad, qué barbaridad, ha dónde hemos llegado!

Era el juicio común de los varones y muchas mujeres de la época.

Esas nuevas corrientes impactaron profundamente y al menos en los sectores con precedencia académica, la mujer ha tomado el blasón de su soberanía y se esmera en cambiar la situación aunque como es fácil deducir, la inmensa mayoría de mujeres, en especial aquellas relegadas por los condicionantes raciales, de recursos económicos, de enmarañados hereditarios, de taras colectivas, se distancian de la libertad.

¡Todavía el proceso está enterito!

La cultura de avasallamiento y la imposición del modelo conductual latino, definió muchísimas de las aristas en las que posteriormente el Ecuador toparía.

La mujer tenía un destino ya configurado acuerdo a patrones sociales muy formales y rigurosos, pero todas aquellas junto con las de otra condición racial, tenían a la par otro porvenir, unido a la crianza de los hijos, sufrir el perpetuo sopor de un machismo oscurantista, dominador, impositivo, humillante, agresor, simulador de cariño pero cruel, tanto en su lascivia, cuanto en su real profundidad de comparecencia afectiva.

Dicha incoherente relación y la poca equidad entre los sexos es otra de las causas del atraso y la perpetua condición de país arcaico, en presuntas vías al desarrollo.

Aquí la revolución mental tiene una estrategia y está sustentada en la reeducación comunitaria.

Nuevamente, cambio de mentalidad.

Capítulo 3

EXTRUCTURANDO LOS ORIGENES DE LOS PROBLEMAS EN EL ECUADOR

3.1 Introducción

Los estudiosos de las ciencias sociales, los politólogos, sociólogos, comunicadores, historiadores, ideólogos del país o académicos extranjeros, han intentado interpretar nuestra realidad social y usualmente sus conclusiones se relacionan con acontecimientos intensamente colindantes con el aspecto económico, de recursos, ciñendo el acontecer únicamente a dicho eje y justo a partir de aquella visión la ceguera se perpetua, pese a la aparente profundidad de los análisis o las complicadas teorías interpretativas aplicadas.

Bien mirado las cosas son más claras que el agua limpia y son fáciles de deducir pero, si quienes los miran, tienen sus ojos nublados por preconceptos o prejuicios formativos, lo que es transparente se verá de la intensa oscuridad. Así de simple.

El problema más penetrante de nuestro Ecuador es de carácter emocional.

3.2 La raíz emocional de los problemas en el Ecuador

En efecto la posición geográfica del país es tan privilegiada que el entorno natural ha forjado una región donde se dan en un mismo día los más sugerentes cambios climáticos pero cuyos límites extremos jamás bordean el fondo del daño y la destrucción. Las grandes temperaturas de profusos grados centígrados o en otros casos de muy bajo nivel siempre han sido toleradas y la verdad sin mayor esfuerzo.

La generosidad del entorno es tan intensa que incluso en aquellas zonas con tendencia a forjar espacios áridos y secos, nos permite ver el germinar y florecer de muchas plantas silvestres, no se diga las regiones del país donde la naturaleza es tan inmensamente generosa que el verde y la vida comulgan una sinfonía común.

Agua, ríos, mares riquísimos, minerales, todo, todo tenemos, tierra productiva que hoy está mal usada o subutilizada. Un informe de la FAO organización mundial de la alimentación decía que solo el espacio territorial correspondiente a la provincia de Santa Elena podría alimentar a todos los ecuatorianos de los productos esenciales, lácteos, vegetales, frutas, hortalizas, granos, etc. y las restantes provincias del Ecuador, es decir más de dos decenas, acorde a la actual división, podrían producir para exportar a los mercados mundiales. Está pues claro que el entorno natural donde vivimos es un punto a favor.

Esto que debería ser positivo, dada la idiocincracia del ecuatoriano, ha terminado resultando nefasto, fatal, pues ha desarrollado un particular espíritu actitudinal donde la negligencia, la vagancia, el quemeimportismo, en otras palabras el facilismo, reina.

Nos ha vuelto un pueblo complaciente.

Con tal de tener lo básico, lo elemental para la subsistencia, lo mínimo, sabiendo que está condenado a vivir en las riberas de la pobreza teniendo todo para no ser así, pues no se inmuta. Soporta estoicamente las adversidades del poco desarrollo. Lo toma como natural, casi aferrándose a un inocente determinismo.

Basta observar la conducta de millones de ecuatorianos. En especial en los amplios sectores populares y por cierto en los marginales de las diversas regiones. Es tan intensa su anulación psíquica, su orfandad de fortaleza, su poco

espíritu emprendedor, que le inunda la pereza incluso para recoger la basura que se posa frente a su vivienda.

Active la memoria.

Párese en cualquier sector medio bajo o marginal de Quevedo, Vinces, Babahoyo, San Lorenzo, Quinde, Huaquillas, Zapotillo, Lita, Salinas, Quito, Guayaquil, Machala, Babahoyo, Cuenca y muchas más ciudades y poblados, ¿qué es lo primero que le llama la atención; no es la pobreza en sí; es la inmundicia, la indolencia?, el conformismo vital.

Se acostumbraron a vivir así. Es “normal”, en un perpetuo estancamiento, años de años y no hay políticas ni gestión para cambiar la actitud.

El talante, la mentalidad. Porque no solo que se acostumbraron, en el fondo están contentos. Sigue riendo, como es la naturaleza del ecuatoriano, encantador y dicharachero aunque los olores nauseabundos estén presentes.

Convive con la suciedad, el ocio y se arrima en su esperanza al “mañana será”. Y luego esa perpetúa dejadez.

Qué alguien venga a dar haciendo.

Espantoso.

Dicha incoherente forma de proceder. Aquella discordante postración no ha cambiado con la educación.

Sigue igual pese a los miles de millones invertidos.

Nuevamente, el problema es mental.

Ni siquiera en veces una elemental y coherente forma de trueque es posible con ingenio.

Preguntemos cual es el primer depredador de la producción del campesinado agrario. El intermediario.

Este parasito se come todo el esfuerzo porque el productor carece de sentido común, de la mínima visión empresarial porque éste es, nuevamente, consecuencia de un problema de mentalidad.

Lo previamente narrado es tan solo un grano de arena en el inmenso desierto de incoherencias del comportamiento colectivo.

Un plano igualmente desconcertante y efecto de una malformación mental es la descomposición.

Su herencia tiene su génesis en la nefasta influencia del ayer y sus sucesivas generaciones que heredaron como don nobiliario el arte del latrocinio, de la cleptocracia.

El mal cleptocrático no solo fue el robo, fue mucho peor, forjaron un pueblo inundado de prejuicios.

Le robaron la objetividad liberadora.

Un individuo vale y tiene nombradía, tanto en cuanto sea su peculio familiar.

No importa cómo fue adquirido, lo trascendental es que lo tenga.

Aquel es señor, don, ciudadano importante, respetado, pese a que en el insistente silencio de la conciencia, todos sepan que sus honores y haberes son de oscuro origen.

Pero ese actuar de ensalzar a la condición social acorde al bien económico, generó en los otros sectores una necesaria concupiscencia que proclamaba el deseo de ascender socialmente aunque los recursos para ello no sean lícitos.

La corrupción en el Ecuador es una lacra purulenta que lo invade todo. No hay sitio, institución, organismo, lo que fuere, donde uno pueda decir con certeza que se cumplen procesos con honradez y respeto acrisolado.

¡Qué va!

Más corrupta que la empresa privada, la empresa pública y ambas amañadas en impúdicos fines.

Con poquísimas excepciones.

¡Gavilla de fariseos!

Es aterrador lo que sucede al Ecuador de la primera década del siglo XXI.

Los daños corporativos al país no tienen índices topes de cuantificación por lo absurdo e inverosímil de los hechos.

Corrompido hasta el hueso más íntimo.

Desde el fabricante que vende productos elaborados con materiales de mala calidad hasta el más alto juez, podridos hasta los tuétanos.

Obviamente la Policía y las Fuerzas Armadas son un getto perfecto de impudicias. Las excepciones son mínimas y ellos lo saben bien.

Baste recordar los negocios escabrosos conocidos como “la chatarra” o las armas compradas a la Argentina.

Nuevamente ¡qué asco!

Traidores, malditos, vende patrias.

En las horas más lúgubres de la nación se gastaron millones de dólares en armas y ninguna, léase bien, ninguna valía.

Los soldados y conscriptos en las fronteras desfallecían de patriotismo y murieron de traición.

Nunca olviden a Arroyo del Río, en la invasión peruana de 1941. Al pedido de nuestro pueblo de armas para defender la patria, les mandaron cajones de clavos.

Pobre mi Ecuador, qué destino para insolente.

Las buenas personas y familias que en el país mantienen el don de la honestidad y el respeto comunitario, están en brutal desventaja frente a los aliados de la corrupción. Es tan grave que es preferible mantener una posición distante al extremo de los diversos acontecimientos comunitarios para no caer en el juego de la podredumbre o peor aún de la felonía.

Este acontecer es una enfermedad moral.

Es un cáncer que toma todo el cuerpo de la patria hasta devorarlo por completo.

Es asunto de mentalidad.

Si éste roba por millones y no hay sanción. Si éste mata y queda en la impunidad. Si éste contrata créditos y no paga, si éste delinque o secuestra y así sucesivamente infinidad de casos y se termina viviendo una complicidad silenciosa, nada podemos esperar del futuro, o acaso sí, la disolución.

Son conductas, hechos actitudinales que en el proceso mental reflexivo del ciudadano común funcionan bajo arquetipos justificativos e incluso instigadores para tal o cual proceder.

Por ello es que la famosa educación escolarizada es un disparate, no sirve para nada, ética, moral, valores son conceptos vagos, difusos, idealistas.

Útiles para la retórica de relleno y pare de contar.

Desde la niñez ciertas madres estimulan al hijo a tomar lo del compañero, a no devolver lo prestado.

Un hecho en apariencia correcto es incluso festejado como una hazaña del niño.

Se justifica, ¡travesuras de la edad!

Cuando el médico, el abogado, el albañil, el vendedor de gasolina, el taxista no son honestos en su proceder, se justifica.

Está ganándose la vida.

Cuando se atraca al Estado, todos los días, en miles de millones de dólares, cuando se contrabandea en las fronteras perjudicando al país.

Está ganándose su comisión, y acorde a ello, es ético.

Es decir solemos engañarnos en una doble moral.

Sin duda, el Ecuador navega su existencia en la incoherencia entre lo que exige como prédica y lo que opta como acción.

El hedonismo absurdo de la sociedad de consumo invade al país y es tan desconcertante el acontecer que incluso en los sectores de marginalidad, en los pobrísimos tugurios no falta el televisor de color.

Es un espectáculo electrizante.

En la pobreza más tétrica, viviendas de 3 metros por 4 en el mejor de los casos, sobre los pantanos, los esteros o arriba en los páramos bordeando la nieve, pero con un electrodoméstico del primer mundo.

Este consumismo que privilegia un bien suntuario sobre otros mayormente vitales es también un efecto del proceso mental.

La pobreza intenta resistir su drama encapsulado en una vida virtual paralela a donde lo lleva la tecnología audiovisual.

Curiosamente donde mayor número de horas pasa encendida la radio o la televisión es en los sectores marginales. En vez de forma permanente. Cumple una función de alucinación, de catarsis, de hipnosis colectiva en una purificación entre lo existente real y lo existente mental.

Usualmente la corriente eléctrica por un lado y la adquisición de dichos electrodomésticos obedece a otra estructura, de desvarío social, donde silenciosamente circula todo lo que el hampa limpia de las residencias ciudadinas.

Raro es que en los guasmos o los esteros que el morador tenga el título de propiedad de dicho bien; igual la energía, usualmente es usada con trampa o tomada directamente del cable mayor, no se paga a nadie.

Nuevamente, terrible, pues sencillamente estamos fomentando ya no solo la cultura de la humillación silenciosa sino lo que es peor, la de la ciudadanía virtual, es decir una sociedad deliberadamente silenciada, sumisa y patológicamente descompuesta.

Otro elemento que define la raíz emocional del ecuatoriano es su excesivo apego al regocijo.

No hay en América Latina, incluido México y por cierto Brasil, un país con tanta cantidad de motivos y pretextos para la fiesta. Estadísticamente el Ecuador es la nación proporcionalmente más ávida de diversión y el cúmulo de festejos usualmente afecta de forma determinante la potencialidad productiva.

Los ecuatorianos desde tiempos inmemoriales son dados al goce. Ya en sus memorias el Barón Alexander von Humbolt, se sorprendía de la vida de complacencia que se daba en la Audiencia, de deleite y de excesos pues lo que dice el ilustre sabio alemán al contrario de darnos gala nos presente como una personalidad social incoherente.

Henri Michaux en su libro Ecuador, nos da la fama de lujuriosos, sucios, hipócritas y dados a los bajos placeres y como tal una vergonzosa estampa.

Federico González Suárez, Arzobispo de Quito y hombre de portento en sus memorias, se escandaliza de la vida licenciosa de los ecuatorianos y clama a las alturas para que reine la sana ponderación.

Nada ha cambiado.

Cualquier pretexto es válido, desde la más insignificante circunstancia hasta la justificación más baladí.

Esta forma de ser tan nuestra está sin embargo directamente emparentada con el ocio libertino. Y éste a su vez con la violencia intrafamiliar y comunitaria.

Los índices de alcoholismo en el país son vergonzosos, desde aquel ciudadano acostumbrado a la bebida por carácter social hasta aquellos dipsómanos consuetudinarios.

El 78% por ciento de los adultos ecuatorianos consumen regularmente bebidas con contenido alcohólico.

A la par, los índices de mortalidad como consecuencia del uso indebido de la bebida y sus consecuencias colaterales tiene el carácter de epidemia. Miles de muertos, miles de heridos al año consecuencia de la bebida. Accidentes de tránsito, lesiones laborales, violencia callejera, etc.

La razón de este hacer tiene sus argumentos y el primero, tomando un poco el sarcasmo de la frase, “Ríe por no llorar”, dice mucho. En efecto es así. El condicionante síquico del ecuatoriano es en extremo sensiblero. Fácil de impresionar. Es, en cierto sentido llorón, el entorno no lo endureció, lo sensibilizó y es por cierto pasional.

Es parte de su estructura social, la necesidad del festejo por cualquiera sea el motivo cumple el papel de ensalmador, de liberador, le permite descargar todas sus frustraciones y decantar las emociones en veces hasta el paroxismo. Jamás le faltan motivos para homenajearse así mismo. Pero esto, entendido en el plano de la conducta comunitaria, impone una actitud que perjudica ferozmente a la consistencia que se requiere para intentar un proceso modificador de la sociedad.

La vida es una fiesta, hay que vivirla, parece decirse el ecuatoriano hacia su interior.

Es vehemente más allá del delirio. Toma posiciones pocas veces con la razón y la reflexión, casi siempre con el sentimiento.

Si tal o cual personaje, si tal o cual hecho toparon con intensidad sus fibras de la emotividad, inmediatamente se transforman en fiel, en incondicional.

Hemos visto el caso de líderes políticos, hábiles para la retórica populachera pero que tocaron los resortes precisos, que han llegado a ser endiosados, venerados.

Carlos Guevara Moreno en el Guayaquil de hace 50 años era un semidiós. El Coronel Plaza Monzón en Esmeraldas era un personaje temido más por divino que por humano, tal era su poder de seducción.

Aunque hayan sido unos crápulas, unos vivarachos, avispados.

Es el mismo sentimentalismo con el que por muchos años se ha venerado a Julio Jaramillo y ahora a la troupe de la rokola o a varias figuras en las diversas disciplinas deportivas.

Ese sentimiento, esa capacidad de emocionarse que sin duda es buena en el caso nuestro ha sido muy mal utilizado y sí dirigido para imponer conductas y posiciones usualmente reñidas con la coherencia.

Reflexionemos, un país donde sus mayores representantes comunitarios, sus ídolos populares, son ciertos jugadores de fútbol o uno que otro atleta, y en ellos vemos reflejados la esperanza de ser mejores, es por decirlo menos tener una visión en un solo ojo.

No podemos forjar el arquetipo nacional tomando como ejemplo a dichos estandartes.

Ellos son únicamente referentes de lo que se puede hacer, incluso contando a la permanente adversidad como el primer rival a vencer.

El paradigma a seguir es otra cosa.

Porque bien visto y mejor mirado, todavía en el concierto mundial somos “don nadie”.

Nada hemos ganado aún, triunfitos pequeños, esporádicos, de individualidades, pero no hemos desarrollado una política donde se privilegie la reorganización de la mente en función de que nuestros líderes, sean realmente consecuencia de un proceso y donde las victorias sean la cosecha de cada día y no la lisonja temporal en tiempo de plena hambruna.

El ecuatoriano en su consistencia emocional tiene desconcertantes contradicciones.

Usualmente es amplio, generoso, sincero; esto sin distingo de razas o posición económica; así somos, pero también es una personalidad frágil, débil, sugestionable y que resiste los embates de los desafíos diarios llegando hasta el nivel de la resignación.

Y es aquí en dicha resignación donde se fecunda una serie de actitudes que tiende a desarticular su naturaleza para volverlo agresivo, inescrupuloso, muchas veces pérfido y generar su yo individual o a lo mucho el familiar; el resto no cuenta, es decir cada vez más la sociedad ecuatoriana va siendo mayormente egoísta.

Aquel sentido de solidaridad, de piedad comunitaria va paso a paso perdiendo su consistencia para ir tornándose en una dureza e impavidez, anunciando el inicio del periodo de la doblegación es decir cuando la conciencia inerte ante el dolor, la pobreza, la guerra, los acontecimientos injustos, termina por consolidarse como indiferencia, estoicismo, crueldad.

Las causas son variadas pero fundamentalmente responden, como ya hemos enunciado, al legado social, la misma que a lo largo de muchas décadas mantuvo un pensamiento anquilosado, feudal, atosigado por el miedo y la necesidad al menos de sobrevivir.

Si el país con la población actual, es decir próximo a los 14 millones, tiene de su cien por cien, un 72% en condiciones no optimas de sobrevivencia y más próximos a la pobreza, la marginalidad y la miseria, es evidente que la conmiseración se torna en amarga entelequia.

Si varios millones de ecuatorianos viven con un promedio de 1 dólar y unos centavos al día, no podemos hablar de la más elemental justicia. Al contrario es aterrador y por cierto vergonzoso.

Cuando el país se pregunta el por qué de tanta violencia callejera con promedios de muerte mensuales como cualquier getto del inframundo, en silencio sabe la razón.

Frente a aquello bien merece recordar como en nuestro constituyente amerindio, previó y posterior a la imposición colonia, existió una institución comunitaria de formidable prestancia y que de alguna forma constituyó más que un proceso contemporáneamente interpretado como socialismo, un modelo actitudinal de organización comunitaria y de intensa potenciación humanista llamado minga.

Su poder se centraba mayormente en el valer comunal, es decir en la organización que partía fundamentalmente de la familia y expandía su carácter cooperativo a amplias instancias que en momentos determinantes, podría ser toda una inmensa comunidad.

Su función, levantar velas desde la afirmación del eje familiar hasta el aporte común en la siembra, la cosecha, la religiosidad, y por cierto en los procesos de edificación no únicamente de la vivienda, sino de canales vecinales para el agua y otros artificios que potenciaban el desarrollo, sin esperar de las fuerzas administrativas sino a partir de la organización popular primaria.

En otras palabras ese Humanismo de apariencia primitiva era en realidad el gran consolidante de nuestra identidad amerindia.

3.3. La mediocridad de las elites del ecuador

Una de las contradicciones más lacerantes para el espíritu de la nación ha sido la perpetua infecundidad de las elites.

La perversa mediocridad de quienes por una serie de artificios estructurales han tenido bajo su don el usufructo del poder y el mando político y social de la nación, bordea los límites del absurdo.

El Ecuador durante el periodo de la Colonia, bajo la férula hispánica y sus representantes, vivió uno de los momentos más dramáticos que civilización alguna pueda vivir.

Aquí en nuestra territorialidad, aunque suene a necio insistir, se cometió un genocidio aterrador, brutal, cruel, perverso a los niveles del absurdo. La situación de nuestros amerindios nativos fue violentada a extremos de demencia. Sus magnificas expresiones de un pasado excepcional fueron borrados a sangre y fuego, bajo credos y fanatismos, bajo el lacerante oprobio al gran Jesús de Nazareth y en nombre de la Iglesia Católica.

Los clérigos y los nuevos señores de la nación, llegaron a nuestro entorno poseídos de una mentalidad diferente, radicalmente contraria a la de nuestros ancestros indígenas.

Chifladuras heráldicas, castas, una mentalidad oscurantista ceñida a los dogmas de su convicción, abofeteados por su propio miedo gestado en el poder de la sagrada institución de la Inquisición, prendados para sí mismo de un concepto y

actitud de superioridad racial e incluso la certeza absoluta de estar destinados al patronazgo del mundo.

Estos representantes y únicos actores del poder político hicieron en el periodo colonial, cuando fuimos la Audiencia de Quito, una representación macabra del modelo feudal europeo del que ellos, presuntamente intentaban salir.

El poseer la tierra, la territorialidad agraria implicaba el absoluto, más allá de lo que superficialmente pueda pensarse, pues ésta era no solo la riqueza productiva sino la propiedad de todo lo que en ello conviva, en condición de absoluta dependencia y vasallaje.

Varios clérigos y no por su cuenta y riesgo sino obedeciendo a preceptos ideológicos plenamente establecidos, justificaron el trato a los amerindios bajo el axioma de inferioridad racial,- son más animales que hombres- y como tal no son seres completos y de hecho son propiedad privada del dueño de la tierra.

Es decir el vasallaje a plena complacencia.

Para ser humano había que renegar de la espiritualidad amerindia que disfrutaba encontrado en el sol y el entorno natural la suficiente consistencia para entender que allí está dios y que dicho dios, no requiere de muchos remiendos teológicos para ser verdadero, auténtico, bueno, generoso y por cierto blasfemado cuando el cumplimiento de sus leyes, las del sentido común, hubiesen sido burladas.

Si el sol me alumbra, me cobija, me da calor, fecunda la tierra, es demasiado claro entender su fe, nuestra fe.

Renegar de la fe, aceptar la normativa judío, romana, cristiana, como la única verdadera y delatar, a todos, a cada uno de aquellos que perseverará en el culto al dios no católico.

Nuevamente la Inquisición representando una dramática tragedia ahora ya no con los judíos, protestantes, gitanos, no conversos. No, ahora es contra estos indios brujos, shamanes, magos, curanderos, socios y parientes del diablo.

Y según varios cronistas de Indias, -Guamán Poma de Ayala,- durante diversos meses permaneció el fuego escarnecedor encendido para achicharrar a todo aquel enemigo de la fe.

Fue un mercedario, el terror, juez, acusador, perverso, fácil para el deleite del dolor ajeno pero gozando de la secreta complacencia de los agentes de la civilización, llamados a estas oscuras tierras a cumplir la santa cruzada de devolvernos la razón.

Apoderados del latifundio, bajo la disoluta complacencia de la corona española la infamia tomó ribetes de absurdo.

Poco antes de darse la Primera Independencia, la de 1810, varios de quienes posteriormente se tornaron en héroes y patriotas de ese movimiento tenían propiedades agrarias de miles de hectáreas donde vivían seres humanos en la más deplorable tragedia.

Nace la república, dice fundamentarse en interesantes postulados fecundados por las revoluciones francesas y americana, toma la apariencia de seriedad e instaura un Estado nacional.

Viva, ya somos independientes.

Viva, ya somos soberanos.

¡Ja! Qué descaró. Qué burla.

Si el Ecuador en su periodo colonial fue atterradoramente avasallado, lo que vino a partir de la república es desconsolador.

Estos núcleos familiares, herederos peninsulares, criollos, hicieron de sus feudos verdaderos reinos y como tal, una plena disposición a la consolidación del naciente Estado nacional, era casi una utopía.

Cuando el primer Presidente de la nación, el General venezolano Juan José Flores intenta vigorizar el país en gestación, encuentra una aterradora distancia entre las partes constitutivas de la común territorialidad.

Los grandes señores de la tierra, de Loja, Azuay, no quieren saber nada de sus pares de la costa. El poderoso grupo de la sierra centro norte del país peor aún. Aceptan que sean país e incluso redundan en la retórica revolucionaria, pero el rato de los ratos son menesterosos del alma, egoístas, mentes pequeñas.

Nadie aporta para consolidar el Estado.

Aparecen indicios separatistas, federalismos disparatados pero la patria, la nación, eso es una entelequia.

Existe solo en el membrete.

Posteriormente al primer presidente, la historia no varía.

Son micro feudos dentro del Estado nacional. El sentido de organización y administración se topa primero con su propia ignorancia.

Algo hay que hacer, pero no saben qué.

Es el principio de la perpetua improvisación. Todo es al tanteo, a las emociones surgidas en las reuniones sociales en sus cotos de caza y bajo los espíritus de la ginebra.

Improvisan.

La economía, la educación, las relaciones exteriores, la defensa nacional. Tanto se improvisa que los inescrupulosos vecinos del norte y del sur extienden sus garras y van poco a poco reduciendo el cuerpo de la patria, hasta lo que somos ahora, una esquizofrénica calavera en el mapa de América del Sur.

Fuimos inmensos, limitábamos con Brasil, esos ríos majestuosos, eran nuestros.

El Perú de hoy, la cuarta parte era nuestro.

Colombia se gloria de su bella Popayán, ciudad quiteña por su arte y prestancia.

Éramos inmensos.

¡Éramos!, hasta que nos lastimaron, ellos, los altivos herederos de ibérica resonancia.

De la resonancia nefanda, no de la genial luz de España. De la verdadera gran España.

Hay que consolidar la democracia y eso consolidará la nación, decían en sus corrillos y como tal hay que forjar los partidos políticos que representen el diverso pensar ideológico y permita bajo su organización una participación ciudadana.

Y sigue la farsa.

El cuerpo del mal ya tiene forma.

Nace como ya vimos, el primer partido político, el Partido Conservador Ecuatoriano. Bajo su luz brilla uno que otro hombre de bien. Siempre los ha habido. El resto, son los mismos, los del ayer en la Audiencia.

Hábiles, sutiles, engominados, falsos.

Y con su propia retórica de apariencia patrioterica.

Para ser ciudadano, elegir o ser electo, se requiere, ante todo tener patrimonio, linaje, apellido, y como tal de un plumazo la famosa democracia se vuelve en una vergonzante opereta de mal gusto.

De unos pocos. Muy pocos.

Claro, atrás están los eclesiásticos. Su presencia es insustituible y tan vital que los delitos sociales para ser dignos tienen que estar bajo la aprobación de ellos.

Ni más faltaba.

A fin de cuentas son los verdaderos representantes de dios.

Fueron años terribles, el Ecuador republicano carecía de un orden coherente, de una visión pragmática. Gobernado por las emociones caudillescas y éstas a su vez emparentadas con los linajes ancestrales, lo único que se vislumbraba, una y otra vez, era la glorificación del disparate.

Éramos el hazmerreír del mundo. Nuestra imagen en el continente era de complejión folklórica, hilarante, la cantidad de chaplinadas y torpezas eran la diaria comidilla a punto que los escritores extranjeros que nos conocieron por aquellos tiempos nos describen como un pueblo primitivo, atrasado, inundado de un bucolismo soporífero, sucio y torpe al desgano.

La sociedad agraria terrateniente araba en el mar de su propia mediocridad.

La política terminó volviéndose en un singular compadrazgo de arreglos, entuertos y turbios negocios clandestinos donde por cierto ni la propia seguridad del Estado nacional era respetada.

¡Qué va!, la patria para ellos era, su feudo y punto. El resto no cuenta ni tampoco importa.

La historia de entreguismo y depredación de los intereses nacionales por parte del sector político terrateniente, bancario, comercial, aliados en permanente contubernio, llenaría varios libros.

La simulación política, el aparente batallar de ideas era superficial, y en veces con macabra astucia se iniciaban incluso extrañas escaramuzas de fuegos pirotécnicos donde se habla de revolución y cambio.

Nada real.

El mismo escenario, los mismos actores, y los mismos espectadores y estos, la inmensa mayoría de los ecuatorianos, colgados en el balcón del ensueño y la expectativa. Temiendo aburrirse una vez más y llegar al punto del bostezo y que éste se torne en indiferencia.

Hacían del país lo que les daba la gana y la vida y el sentido del humanismo ni siquiera contaba en sus más inspirados preceptos mentales. Ellos eran los únicos, destinados, predestinados por dios, el resto, las inmensas mayorías inferiores, obedientes, jamás deliberantes y todos cobijados por un falso paternalismo, sustentados en los complejos hilos de la dominación.

Un país que en las vísperas del siglo veinte mantiene la esclavitud; el pedido del general José María Urbina, de abolirla es un grito desesperado de la conciencia pero cuyo eco llegó a muy pocos.

Y en el mundo indígena y la negritud, la esperanza ni siquiera existe. Saben que todo es un canto de sirenas.

Libres pero esclavos.

Forjar un real Estado nacional era casi imposible.

Las contradicciones de la sociedad fueron acentuándose cada vez más y la real objetivación del interés nacional se perdió en los brumosos vericuetos del silencio, de las “causas de Estado” y lo que es peor en un hipócrita no juzgar, pues son las cosas así, pues dios así lo ha destinado.

Era evidente que la situación se mantuviera en ese perplejo marasmo del absurdo, pues bien mirado tales condiciones eran exactamente las más propicias para sus fines.

Liberar al indio o liberar al negro, posibilitar una mayor interdependencia con el mestizo, era por decirlo menos, torpe.

Liberar la esclavitud era perder la servidumbre en propiedad privada.

Era perder el brutal sistema explotador.

Sin esclavos, esa caterva de vagos y ociosos de pretensiones feudales nobiliarias, morían de hambre en una semana.

Parásitos, esclerosados, infecundos. Malditos.

Pero el poder estaba en sus manos y como tal articulaban todas sus esencias, movían todos los resortes para perpetuar la iracundia de la insensatez.

Hasta que llegó el santo mayor de la patria, el señor

General don Eloy Alfaro Delgado.

Qué no le dijeron.

Le calumniaron, envenenaron al pueblo contra su acrisolada presencia.

Al fin lo mataron.

Era demasiado. Su presencia, su porte erudito, su espíritu de fuego, su capacidad de lucha.

Le vencieron mil veces, mil batallas, pero la final, la más importante y gloriosa la ganó él y junto a él, la patria toda.

Y se dio la primera revolución.

La revolución liberal.

Solo a partir de allí, es decir hace un siglo ese país de tinte agrario, feudalista, esclavizador, levantó cabeza aunque prontamente esos mismos viejos dinosaurios intentaron humillarla nuevamente.

Y en mucho lo lograron.

3.3.1 El proceso reformador incluso del general Eloy Alfaro Delgado

A partir del General, a partir de San Eloy de la patria, se inicia un proceso reformador de la sociedad, el que sin embargo hasta hoy no ha logrado su plena culminación y al contrario, exigiéndonos el espíritu batallador del general desde la fuerza inmanente y suprema del éter espiritual, el gran caudillo reclama una nueva revolución, la de la segunda independencia, la verdadera consecución de los intereses comunitarios.

Algo logró el General, movilizar el marasmo mental de millones de ecuatorianos, fecundar la esperanza, dar protagonismo a otros actores de la historia, desescolarizar al Estado, abrir los caminos de la educación e intentar forjar unas

fuerzas armadas realmente eficientes, no para agredir sino disuadir a los perpetuos enemigos de la razón.

Su ideal poco a poco fue perdiéndose en las pantanosas y pútridas aguas de la insolencia y la traición. Varios de sus colaboradores más próximos y otros que lo habían jurado lealtad terminarían transformándose en feroces depredadores del idealismo y más pronto que pensado el partido Liberal de Alfaro se transformó en el segundo aventurero de una mala historia.

Se pobló de incestuosos advenedizos, que contrariaban sus propias creencias envilecidos por la posibilidad del poder.

Los conservadores oían misa a las seis de la mañana y los liberales a las cinco. Eso era todo, farsa mal disfrazada.

Muerto Alfaro retomó a lo mismo del ayer y claro, acompañado de una desvergüenza descorazonadora.

3.3.2. La continuidad del ayer los herederos del poder

Mientras tanto el país continuaba sumido en un atraso feroz, irracional, bordeando sus límites con la más increíble miseria.

Millones de indios y negros como parias. Explotados y humillados a la par de la sucesión permanente de gobiernos gamonalicios, vende patrias, impúdicos que vivían en perfecta fiesta de disfraces y protocolos, ridículos y burdos, pero reales.

La tal democracia de la primera independencia mal funcionaba. No todos eran actores y de los que eran muchos requerían de la nota musical para rebuznar con armonía, tal era su mediocridad.

Gobiernos de familias patricias, apoderados del poder desde siglos atrás, han vuelto a sucederse.

Los mismos apellidos, la misma secuencia de la herencia; han sido los mismos que siguieron y en cierta forma continúan hasta hoy en el poder.

Demagogos, cuentistas, hábiles para el embobamiento colectivo.

Amables y bellos en la conquista publica.

Perversos y pícaros en la acción real.

Sus nombres, todos los conocemos, tienen un raro INRI, huelen a pus, a descomposición y de tanto mirarlos y aguantarlos también sentimos nausea, asco, pero aún están allí, y hay que vencerlos.

Gobernantes indignos, uno, quizá dos, unos dos más, quizá diez, honraron el mandato popular, el resto, más de multitud entre dictadores y civiles han sido una vergüenza.

Ratas inmundas, arlequines de circo barato.

Fingieron regirse bajo los cánones de la democracia real y lo único que hicieron es la forja de clubes de tintes mafiosos, donde la delación, la traición, no solo se paga con la muerte, sino con el odio visceral.

Fortunas increíbles se han forjado al entorno de los gobernantes, no hay uno a cuyo alrededor no hayan medrado cientos de inicuos, empezando por las propias familias del actor político.

El atraco, la venta de prebendas tiene inicio antes aún de iniciar los gobiernos. Se subastan puestos públicos, ministerios, organismos relacionados con las finanzas, puestos de la seguridad pública, embajadas, todo de forma tal que al inicio de las

regencias quien lo preside y su grupo familiar o social próximo está ya forrado de oro hasta relucir con fatuo orgullo lo mal adquirido.

Hermanos, esposas, cuñados, hijos, hijas, nueras, yernos, nietos de los personajes del poder, encadenan para si no solo el boato del poder sino un orgullo insano y que humilla a quienes durante la campaña o los tiempos previos al reinado, lisonjearon generosamente y recibieron como pago las migajas de su desprecio.

Este modelo de democracia, tal cual lo hemos vivido hasta hoy es una impudicia sin nombre. Una farsa y de la cual hemos sido participes por acción u omisión todos aquellos que sentimos a la patria vibrar en nuestro yo interior.

Cómplices por haber callado.

Cómplices por inocencia deliberada.

Cómplices por inercia.

Cómplices por complacencia.

Sí, por complacencia, pues es increíble como la mentalidad colectiva ha sido manipulada y domesticada de forma tal que sabiendo que nos engañan una y otra vez caemos en la misma red.

Se deterioró tanto el sentido democrático, fallaron los vulgares erigidos en salvadores de oficio y partido y como tal gestaron los populismos.

Líricos, soñadores, hijos de mentes deshilvanadas, locos, esquizofrénicos, de estos hemos tenido varios.

Fáciles de palabra, envalentonados por habernos visto de rodillas, también han hecho lo que les da la gana. Uno vendió el lábaro, otro tráfico con chatarra de

armas, otro se llevó el gas del golfo y otro lleno de billetes los bancos de Miami, aún a costa de la cárcel a su propio cuñado; otros simulaban una piadosa reverencia religiosa y eran más podridos y falsos que cualquiera.

Alcohólicos perpetuos.

Para estos las cadenas del averno es poco.

Gobernaban con la venia de los espirituosos licores y sus licenciosas elucubraciones.

Nuevamente, ¡Pobres diablos!

Por cierto que todos estos personajes han tenido para sí mismos una increíble benevolencia, así se dicen hombres de bien, ciudadanos de respeto y articulan ante la comunidad una imagen falsa, mentirosa pero hermosamente empalagosa.

Narcisos elevados a la condición de líderes y ejemplo moral, pero poseído de una vanidad que no tiene límites.

Fáciles para descubrir tinterillos de alfeñique, aduladores de oficio, buenos para endulzar, para inventar historietas vacuas de patriotismo y benevolencia.

Escritorzuelos de pacotilla, carroña para serviles.

Muertos de hambre, andrajosos de conciencia y restringidos de reflexión.

Esos mendicantes de limosnas, esos escriben la ficción de la historia y hacen aparecer a la mala conciencia política con el don del atributo.

La mayoría de los procesos de reforma y modificación del Estado han sido consecuencia de la larga batalla comunitaria.

Así la condición indígena logró recién su reconocimiento y estatuto ciudadano en el gobierno de Rodrigo Borja, agente de las viejas fuerzas del conservadorismo reencauchado.

Pura apariencia, lo mismo de lo mismo.

Las conquistas de los derechos laborales, los limitados avances en los derechos humanos, la búsqueda de los derechos animales, la ecología, han sido procesos donde los actores públicos han tenido una participación limitada, incoherente y en veces abstracta.

Lo logrado ha sido obra de la conciencia de unos pocos ciudadanos cuyo sentido de percepción de la luz de la razón no está obnubilado por los desconcertantes y cetrinos nubarrones de la inconsistencia.

La lucha popular, en la mayoría de los casos, descoordinada, privilegiando solo su interés y según las circunstancias, ha sido, pese a ello, el único real proceso de reacomodo de las urgencias sociales.

El presunto modelo democrático, la mal llamada república independiente y soberana se pierde en los entretelones de lo abstracto y el más puro nihilismo.

República de opereta, con tramos de su representación ridículos, risibles al extremo y cuyos actores principales perdidos el libreto, desconocedores de los parlamentos etimológicos de la alta política, han desentonado su actuar hasta hacer el ridículo mayor.

Maestros de la improvisación, los ejemplos vibran por doquier. Un día en el ferviente deseo de enfrentar la invasión peruana y frente al debate público internacional, la voz del Ecuador no solo sonó agónica y desafinada, sino incoherente.

No teníamos una posición común, de nación, salía a relucir las emociones viscerales de los Ministros de Relaciones Exteriores que en veces no tenían coherencia incluso con lo que sus allegados y asesores más próximos le decían.

En Río de Janeiro, en 1942, cuando el Protocolo de Río de Janeiro, el Canciller brasilero, en medio del dolor y la tragedia, dio a nuestros representantes una vergonzosa reprimenda, dando por descontada la mediocridad, pidió a estos, los nuestros, que primero aprendiéramos a tener piel, primero seamos país.

¡Humillante!

Cuantas barrabasadas hay de los gobiernos que se han sucedido, desde ridículos deslices verbales, hasta incontinencias urinarias que terminaban en la copa de champaña en el mismísimo centro de los escenarios protocolares. Y frente a representantes de muchas naciones.

Presidentes megalómanos y delirantes, que permanecían durante el día y a lo largo del despacho laboral completamente ebrios y en dicha condición atendían los negocios del Estado.

Presidentes, varios y en especial aquellos de lisonjera heráldica, borrachines consuetudinarios.

Papelones.

Pero la historia oficial, falsa, mentirosa, les endilga la condición de ejemplares patricios y encadena sus conductas personales al sutil acertijo de los “vicios masculinos”.

Democracia de diputados, senadores, ministros, jueces de las diferentes instancias de la justicia, coroneles, generales, de arrogante presunción, ávidos de

las lisonjas y el adulo y veloces para la rapiña oficial. Muchos, más de lo que en principio se puede pensar, carroñeros de oficio, traidores.

Inmediatamente terminada su función pública y otras en el mismo ejercicio del poder, también la ejercen como representantes de multinacionales de armas, de petroleras, de mineras, de abogados contra la patria.

Estafadores con membrete de hidalguía.

Un representante de esa democracia, siendo alto funcionario del Estado, llegó a cobrar cuarenta millones de dólares, por trámites judiciales en contra del Estado, hecho por su propio estudio jurídico.

Jueces y parte. Venales y serviles.

Democracia de marionetas donde no existe el respeto a la palabra dicha, ni el juramento de honor tiene el valor de la santidad.

Corruptos hasta el tuétano.

Raro, rarísimo es quien al finalizar la función pública, pueda al salir mirar de frente y con los ojos de la conciencia decir, ¡júzguenme y lapídenme si he delinquido!

¡Qué va! Cínicos, descarados, desparpajados. Aparecen con sonrisas socarronas y rostros de angelitos calmos.

Hipócritas, fariseos.

Y ellos juzgan.

3.3.3. Una personalidad dual

No quepa la menor duda. Los ecuatorianos somos desmemoriados y sadomasoquistas. En el sueño inocente de días mejores para la patria han lucrado del espíritu nacional las ponzoñas del olvido y han hecho tal efecto, como dormir la conciencia.

Democracia de ensueño, fácil para la talabartería de palabras, para el labrado de oropeles, para dejarse engañar. Disfruta, le encanta, sentirse exagerado.

El pueblo del Ecuador tiene una personalidad social extremadamente dual, en veces fuera del sentido común y en otras próxima al disparate.

Líderes de esa presunta democracia han sido hábiles encantadores, maestros de la demagogia barata, feroces para el uso grosero de la palabra o del sutil histrionismo, pero fascinantes para la parroquia, que muchas veces vio en ellos a la mesiánica encarnación del ángel de la resurrección.

Carentes de ideología, sofistas, recursivos, actores fantasiosos han hecho con el país lo que quisieron.

Privados de doctrina, sus emociones y principios administrativos giraban acorde al son de los vientos emocionales.

Un día se decían progresistas, de avanzada social.

Otros, retornaban a la retórica del apaciguamiento subrepticio.

Mentirosos, ensalmadores, curadores, nigromantes de la esperanza, dejaron un lastre asqueroso.

Mala estampa y peor olor.

Así han sido. Así son y así serán, porque tienen dentro de sí la herencia de la genuflexión, de la cleptomanía y el irrespeto a su propia conciencia.

Qué decir de la democracia de la primera década del siglo 21. No es un dechado de virtudes. Los gobernantes se suceden uno cada año y medio de promedio y usualmente son derribados por el pueblo, cansado no solo de su esperpéntica presencia sino de su brutal y canallesco descaro.

Depravados de perspectiva. Anuncian nuevos días para la patria y en su retórica conjugan todos los verbos del bien.

El rato de los ratos, nuevamente, la misma inmundicia.

Los cenáculos bribones conocidos en el argot popular como partidos políticos, funcionan exactamente con los mismos códigos de la mafia tradicional.

Todo tiene un precio, los principios y la moral no existe.

La doctrina es letra muerta. Lo único que cuenta es la venia del supremo padrino.

Algo se libran unos pocos, contados con los dedos de una mano. Son partidos nacientes o movimientos de connotación humanista, quienes al carecer del entramado del poder tradicional caen pronto en la disolución.

El resto es únicamente lisonjas a la torpeza.

3.4. Los regionalismos

Tiene que cambiar la forma de pensar y como tal la de actuar.

Hasta hace muy poco tiempo, quizá dos o tres décadas, el Ecuador sufría de una terrible lepra purulenta, fétida y de inusual contagio.

El regionalismo.

Si ya de por sí los problemas de exclusión racial y una sociedad manejada directamente por una estructura vertical de prepotencia y alevosía, había generado semejante desequilibrio en la conformación del Estado, estos mismos grupos fecundaron un desconcertante rechazo regional pues usaron y manipularon la inocencia colectiva, consecuencia de la lapidaria ignorancia en que se mantenía al pueblo.

Las intenciones fueron variadas. Un célebre pensamiento de la vieja política dice: ¡Divide y vencerás! Y dicha estrategia fue usada hasta la saciedad más inaudita.

Ciertos sectores ultraístas, oscurantistas, de tinte gamonal, consideraban que su región de influencia, en muchas veces miles de hectáreas, era su feudo privado y generaban en sus dependientes terribles aberraciones actitudinales.

El rechazar a otra región no tenía la intención de exaltar a la propia en sus virtudes y capacidades; no, la intención era humillar, vilipendiar al contrario.

Hubo épocas en nuestro Ecuador que Guayaquil detestaba a Quito y esta ciudad simultáneamente a la otra. Cuenca con Azogues. Ibarra con Otavalo, Manta contra Portoviejo, incluso ciudades pequeñas de baja población se objetaban unas a otras.

Era un pensamiento sustentado en el regionalismo patriarcal.

Cierto es que se carecía de buenas vías de comunicación que faciliten el comercio y el contacto humano, también es verdad que era un país atrasado, rural, sustentado en la herencia impuesta por el modelo de la dominación de orígenes colonialistas.

Fue terrible, oprobioso. Entre ciudadanos del mismo país no existía plena afinidad social. El uno se sentía, dado el lugar de origen, más importante o valioso que el otro y como tal, de una forma violenta minimizaba al ajeno.

¿A quién beneficiaba esta situación? A los caciques regionales que de dicha forma mantenían su poder en plena vigencia.

La patria, lo que es la verdadera patria, para ellos no existía y aun no existe a plenitud.

Algo ha cambiado.

Sí, algo ha cambiado.

Más que la mejora de la red vial aquí los medios de comunicación audiovisuales han sido el pilar clave para empezar realmente a conocernos.

La televisión hasta hace tres décadas era totalmente regional, una señal cubría a la costa y otra a la sierra con sus programaciones propias y casi ignorando a las otras zonas. Fue hasta que la tecnología permitió cubrir al país con una señal común que empezamos a descubrirnos realmente como éramos.

Lo otro, era ilusionismo.

¿Existe hoy el regionalismo?

Sí, pero de diferente manera.

Amar a la región de donde uno procede es correcto, dignifica a la condición individual, pero mantener estereotipos de conducta absurdas y que no han sido superados aún, tiene que ser objetivo a vencer.

El regionalismo enferma el espíritu social pero es óptimo para ciertos intereses; todavía en muchas jurisdicciones existe un provincialismo interno vergonzoso, tanto por lo infecundo cuanto por lo depredar al sentido de nación.

Dentro de las mismas nacionalidades indígenas se dan graves problemas de localismo y minimización de unos hacia otros y sus luchas, en veces, tiene caracteres de extrema violencia.

El regionalismo ha sido terrible para el Ecuador, el daño irrogado supera los más superlativos afanes imaginativos al punto de idealizar una nación cuyos límites correspondan únicamente a lo que sus horizontes mentales lo permiten.

La patria individual. El egoísmo en vigencia.

El Ecuador, nuestro precioso país, es uno solo.

Único, superior, indivisible, eterno.

3.5. La mentalidad de la pobreza

Ecuador bordea los ribetes más increíbles de las contradicciones.

La riqueza de la que goza es verdaderamente superlativa. No necesitamos sino una observación detenida para certificar que tiene todo para ser el mejor y para que todos quienes en el habitan, vivan realmente bien.

La realidad sin embargo es descorazonadora.

Millones viven en una pobreza humillante y solo unos cuantos, aproximadamente 2 millones 270 mil ecuatorianos disfrutan realmente del Estado de bienestar. ¡Y eso es mucho!

Las causas son innúmeras pero nuevamente la primera y sustancial.

Ecuador esta postrado porque su mente está trastornada, enferma.

El atraso, la terrible injusticia es producto de un mal legado y de una pésima conformación de la conducta colectiva.

El problema de nuestro Ecuador no es de legislación, es de actitud.

Por favor, cuando entendamos este punto hemos dado un paso clave para cambiar y hacer lo que siempre debimos ser.

La gran nación.

La pobreza es estructural pero su matriz está en la mente privada y colectiva.

El Ecuador tiene terribles rezagos conformistas. Su actitud en mucho es la de vagancia deliberada hasta los niveles de exaltación. O lo que es peor, la trampa, el engaño, el burlar la inocencia social.

Es un país con sangre ociosa. En general busca el menor esfuerzo o lo que es peor aún, que le den haciendo.

El papá Estado, que haga.

El mínimo esfuerzo. Para sobrevivir. Con las justas. No para crecer, para progresar.

Vagos, país de parásitos. La gente que honestamente lucha y trabaja, que son muchos, son frente a los otros, minoría.

Si quiere salir adelante tiene que saber luchar.

Sobreponerse a las contradicciones, a las adversidades, sacar fuerzas de flaqueza, empezar una y otra vez y no rendirse y llorar cual Magdalena al primer estorbo.

Allí está el cambio de mentalidad,

Falta coraje, falta fe, prefieren ir a otros países en condiciones viles, en veces a cumplir misiones laborales que los habitantes de dichos pueblos no lo hacen.

Nuestros hermanos ecuatorianos, cumpliendo labores humillantes, limpiando baños en España, de peones, de jornaleros, mal tratados, despreciados porque aquí en su propia tierra no descubren la esperanza.

Humillados, excluidos, despreciados.

Cambia la mentalidad, recupera la autoestima, pone a la real virtud como fuente de accionar y sale, y vence y no necesita que lo acanallen, que lo peguen, que le odien hasta desearle la muerte.

Cambio de mentalidad para repartir la riqueza con más equidad. Para todos, para los valientes que saben trabajar y no se domeñan ante la adversidad.

Es ofensivo mirar en ciertas avenidas de nuestras ciudades a cientos de vehículos finísimos, carísimos, usualmente sobre los cien mil dólares y en cuanto se detienen en la esquina y alguien le quiere lavar el vidrio o vender un dulce, lo humillan, lo imprecán, lo desprecian.

La maldita soberbia del dinero daña el espíritu, al uno y al otro. Cuando nos quejamos de la brutal violencia callejera juzgamos superficialmente, esos vagos, o cualquier juicio peyorativo, sin embargo el uno derrocha miles de dólares y el otro no alcanzó a completar los siete dólares para el suero de su madre que fue a morir

en la puerta del hospital sin que nadie, ni la propia casa de salud, tuviera conmiseración del abandonado.

Infamante, cruel, absurdo.

Por cierto no se trata de sermón que eso diestramente lo hacen los clérigos o los pastores; es únicamente la visión del día a día.

Terrible mal reparto de la riqueza.

Cambiar la mentalidad.

Urgir con el proceso de Segunda Independencia a colectivizar el tesoro. No se trata de quitar a unos para dar a otros, eso es comunismo y ya el tiempo ha demostrado ser el disparate mayor de la historia, es tan solo, justicia, equidad, sentido común.

Reforma radical al uso del crédito, generar intensa conciencia de emprendimiento, forjar fuentes de trabajo cooperativista, buscar mercados alternativos, desarrollar procesos de alta calidad para ser competitivos, educar con severidad en el espíritu laborar.

No puede seguir como está.

3.6. El papel de las fuerza armadas

Más de una voz de centrada percepción asevera que las reales conquistas ciudadanas fueron interpretadas con mayor intensidad por las Fuerzas Armadas del país y puestas por éstas como derecho ciudadano.

Ni toda verdad, ni toda mentira.

La democracia de república soberana e independiente ha estado siempre, absolutamente siempre, tutelada por las fuerzas militares de la nación.

Ellos y alrededor de los mismos, a lo largo del tiempo y la historia, ha girado el destino de la patria.

Su función, aunque parezca contradictorio, ha correspondido a la de juez tutelar de la política nacional.

Jamás los cuarteles han estado lejanos de la política.

Nunca.

Su propia naturaleza, su formación y estructuración lo tornaron como el brazo estratégico para el mantenimiento del estatuto de la dominación.

Así de claro.

Los grandes conflictos políticos han tenido siempre su definición a la par de lo dispuesto por el poder militar.

No hay que engañarse. Tras el telón de la democracia tradicional mueven los hilos del poder, la fuerza uniformada y ellos a su vez son movidos por intereses exógenos de diversa intensidad.

Podría decirse y de hecho es así que el Ecuador no puede permanecer aislado de los comportamientos del mundo unipolar regidos por la gran súper potencia de los Estados Unidos de América.

País pequeño, débil, dependiente, si se aísla se mata, pero si se entrega sin medida ni condición, también se muere.

¿Y qué hemos hecho o mejor y qué han hecho?

Pues nos han entregado, nos han vendido. Y en mucho el poder militar es cómplice.

Bajo la presunción de la doctrina Monroe, de la seguridad continental, de la “democracia”, nuestros ejércitos, pues junto al nuestro, están los de otros países de la región, han terminado siendo obsecuentes servidores y ejecutores ejemplares de la Doctrina de Seguridad Nacional - Continental, la misma que interpreta los aconteceres y juzga los vaivenes sociales y políticos a partir de una óptica propia, sesgada pero útil para la fecundidad de la nación imperial del norte y los poderes transnacionales.

Nuestros ejércitos y el del Ecuador específicamente, recibió por muchas décadas adoctrinamiento, no solo militar y estratégico, sino geopolítico con doctrina e ideología, donde se interpretaba un modelo de democracia esperpéntico por lo contradictorio y absurdo porque una mente consciente y crítica sabe bien que la visión de una gran potencia es inversa a de la colonia.

La metrópoli engloba el poder, y los pueblos subalternos, a los siervos de la gleba, a sus lacayos.

El modelo de sociedad política vigente tiene en las Fuerzas Armadas su mejor protector. Es por decirlo con suavidad, el brazo armado del tradicionalismo. Esperar en tales circunstancias un accionar más fecundo, crítico y comprometido es, hoy por hoy, ilusorio.

La función de las Fuerzas Armadas en determinadas circunstancias ha sido evidentemente trastrocada. De guardianes de un modelo político de dominación a agentes de represión y ablandamiento colectivo.

El caso de nuestro Ecuador es singular. Reducidos casi a la cuarta parte de nuestra original territorialidad ha carecido siempre, con excepción de las guerras de Tarquí, Torres Causano, Paquisha y el Cenepa, de la suficiente solvencia para enfrentar las constantes agresiones de Colombia y Perú.

Y no hay que engañarse.

Los falsos patrioterismos nublan la conciencia.

Se dice hoy, con la misma retórica de ayer, el cuento de los “oficiales jóvenes”, para destacarlos de quienes se consideran anquilosados. El rato preciso la historia militar ecuatoriana demuestra que tales movimientos carecieron de real patriotismo y funcionaron en deseo de un ordenamiento más beneficioso dentro del organigrama institucional y nada más.

Es por cierto evidente que también este actor de la pseudo democracia, ha tenido hechos coherentes y lucidos y a más de empujar algunas reformas sociales ha destinado su patrimonio estratégico y académico a fortalecer su organización profesional.

¡Algo es algo!

Sin embargo no podemos decir que estamos cubiertos.

Al menos en apariencia.

Claro hasta pocos años atrás, era indigna la situación de nuestras avanzadas fronteras. Por ello se decía que en vez de estar en la guerra están en la política. Quizá porque confundieron los conceptos de política y guerra de Carl von Clausewitz.

La seguridad estratégica interna es también un asunto de Fuerzas Armadas y depende del modelo actitudinal de la misma para mayor eficiencia.

En el Ecuador ésta ha sido deficiente hasta la iracundia.

Las mismísimas áreas trascendentales de nuestros minerales, del petróleo, de la fauna marítima y otras muchas más han sido depredadas sin misericordia. Bosques de reservas naturales, envenenamiento de ríos, destrucción del entorno, allí hay un fracaso evidente.

La causa es por demás clara, el presunto modelo democrático y su relación con la fuerza militar es una farsa.

La real consistencia patriótica y de defensa de los intereses nacionales toca irremediablemente con los tentáculos de la corrupción. Los niveles son alarmantes y los escándalos se suceden a diario desde tiempos remotos.

Hay en el pensamiento militar una extraña dicotomía entre la función indispensable de las Fuerzas Armadas y el concepto de seguridad democrática. Según la formación tradicional para éstas la democracia ideal, la óptima, es la que hoy se dice ejercer en la nación y bajo juramento prometen defenderla. Una democracia que no es tal.

Esta democracia es una farsa, un remedo, un trastrabilleo incoherente entre la razón, la cordura y el sentido común.

La verdadera democracia hace del soldado un agente de liberación y está óptimo para presentar batalla en muchos frentes: el educativo, el agrario, el industrial, el de la ciencia espacial.

Aquí, todavía es común las reuniones estratégicas del alto mando para dilucidar cuál es la mejor alineación del equipo de fútbol profesional de las Fuerzas Armadas, el Nacional. Así de lejos estamos de la cordura.

Las Fuerzas Armadas siempre han sido deliberantes y actores directos del modelo absolutista vigente; aquello de pasivos y no deliberantes es un cuento de mal gusto gestado y honrado por los idealizadores de la tragedia.

¿Pero las FFAA al ser quienes definen el porvenir político represan la real intención del pueblo? ¡O no!

De qué democracia hablan, cuando la única participación popular es ir, cada cierto tiempo a la urna y marcar una papeleta con nombres previamente designados y de cuyos personajes usualmente la comunidad desconoce sus reales valores.

Es parecido a la quiniela o a la apuesta en las carreras de caballos. Nada más. El debate, la participación comunitaria, el intercambio de ideas y la aglutinación de propuestas bajo consenso común, ni soñar.

Una democracia analfabeta, que no ha enseñado a la comunidad los reales dones de la soberanía popular.

Pero justo por ello, por ser analfabeta, poco participativa, es que es óptima para el sistema vigente, pues a éste no le conviene en absoluto que el pueblo redefina su conciencia, profundice en el proceso de autocrítica e inicie el cambio de mentalidad, única salida para formar la gran potencia regional, que por razón y por derecho, nos corresponde ser.

Qué duda cabe, pueblo inconsciente, Fuerzas Armadas subyugadas, lo único real, lo que somos.

3.7. Conformismo, dolor, tristeza

El desafío tiene los ribetes de lo imposible. Cambiar la mentalidad del Ecuador bordea con un loco idealismo y sin embargo, justo por ello, porque es imposible lo vamos a lograr.

Este siglo es nuestro siglo. Los próximos años llegaremos a ser tan poderosos y equilibrados, que nuestro modelo de sociedad será ejemplo y perpetuará a la historia.

Tal como un día fue Grecia y otro Roma, de igual forma, nuestra huella tendrá la inmortalidad de lo supremo.

Es sin duda un proyecto que hiela la epidermis y detiene la sangre.

Absurdo, cambiar una mentalidad social que está esclerosada, incrustada en lo más íntimo desde tiempos remotos, la misma que ha ido paso a paso deformándose al punto de perder el sentido entre lo correcto y lo incorrecto, lo digno y lo malsano. Una mentalidad que da únicamente valor al superficial hedonismo de la sobrevivencia y olvida los valores sustantivos de la real convivencia en la armonía humana.

El Ecuador tiene graves dolencias en su consistencia humana, éstas son consecuencias de una superposición de valores y una deliberada malformación de principios.

El ecuatoriano que usualmente tiene el don de la apacibilidad prontamente retorna a las emociones primarias marcadas por un pasado de humillante subyugación.

Muchas veces no termina de aceptar su realidad existencial y acepta los hechos de la vida diaria con un solemne ensimismamiento, dando a entender que

reconoce la injerencia de las fuerzas del determinismo que marcan un destino y éste tiene que cumplirse a rajatabla.

La huella malsana del ayer todavía vive.

El espíritu depresivo y la autoestima colectiva diezmada.

El proceder comunitario posterior al conflicto con Colombia en el gobierno del Presidente Gabriel García Moreno; luego el conflicto con Perú en el del General Eloy Alfaro; posteriormente la tragedia de 1941 en el gobierno del Presidente Alberto Arroyo del Río; posteriormente en los gobiernos de los Presidentes Roldós, Sixto Durán Ballén donde el vecino del sur imponía la fuerza de las armas y también la dureza de la sutileza diplomática y quedaba nuestro Ecuador, no solo mal herido sino amputado y moralmente hecho pedazos.

Qué decir de la cruel indignidad de Mahuad.

Dichos acontecimientos enturbiaron el espíritu del pueblo; se sintió frustrado, impotente, derrotado, amargado y todo ello generó una larga cadena interconectada de hechos absurdos pero verdaderos.

En cada certamen o competencia deportiva internacional, las representaciones del país usualmente cumplían papeles indecorosos hasta situarnos en denigrantes últimos puestos.

Podía existir la capacidad, quizá cierta voluntad, pero el espíritu estaba flagelado, no había una fuerza superior perturbadora de la inercia y que ponga viento en proa para arribar primeros y seguros.

Todo lo contrario.

Era para llorar.

La música fue otro reflejo, se tornó de una tristeza desconcertante y pese a que muchas letras de albazos, pasillos y otras expresiones tenían hermosa gallardía, no por ello dejaban de mostrar el lacerante vestigio del dolor.

La abulia administrativa y la permanente alerta ante la proximidad de una nueva agresión hicieron el resto.

El espíritu del país se contagio de tristeza.

Jamás un pueblo derrotado es un pueblo radiante.

Esa desconexión entre el sueño y la realidad, entre el anhelo y la objetividad, al turbar la consistencia patriótica del ecuatoriano, desencadenó un verdadero engranaje de iniquidades.

La corrupción que era privativa de ciertas elites políticas y empresariales, se tomó pronto los mandos medios y en un abrir y cerrar de ojos, como una lepra purulenta, hurtó todo lo que encontró a su paso; nada, absolutamente nada quedó como memoria del buen ser y el mejor hacer.

Los muchos hombres y mujeres del Ecuador, buenos en su esencia, amantes de la patria, tuvieron que guarecerse de la brutal arremetida del oscurantismo inmoral cometiendo un error táctico gravísimo pues de haberse enfrentado la corrupción a tiempo, de forma tajante, con procesos permanentes de reeducación colectiva, otro muy diferente sería el destino.

Tres mil millones de dólares al año de impuestos y aportes al fisco son burlados por diversos actores sociales. Desde cualquier contador de un colegio, hasta un ministro de Economía, sabe a perfección los recursos, las malas artes para evadir el pago.

Por cierto los usa y con pertinaz frecuencia.

Podridos hasta la entraña mayor.

No se salva ni la iglesia.

Ellos fueron, según su propia certificación, poseedores de significativas cantidades de dinero como tenedores de bonos de la deuda externa.

Una deuda inmoral y sanguinaria pues depreda la economía del pueblo.

Existen muchas explicaciones de carácter sociológico, geopolítico, antropológico, que interpretan el porqué de la forma de ser del ecuatoriano y todas sin excepción coinciden en una jactante respuesta.

“Así somos”.

Así somos y así nos vamos a quedar. Entrampados en los complejos y debilidades actitudinales, en la condescendencia con un patriotismo de soslayo que mira a la patria como un emblema futbolero y no como realmente es, la expresión vital de la vida misma de sus habitantes.

Algo hay que hacer y ese algo se llama:

La revolución de la mentalidad.

3.8. La brecha emocional entre ricos y pobres

El Ecuador adolece de otro mal, aún más grave, más delicado que todos los trastornos en conjunto previamente estudiados, es la terrible brecha emocional que separa a ricos de pobres.

Es el país de América Latina donde las contradicciones tienen niveles desgarradores de injusticia.

Ya lo dijimos, un círculo pequeño de todos los habitantes del país es el poseedor exponencialmente absurdo de una gran riqueza y acumulación de recursos, dentro del país y como conducta reflejo, fuera de él.

Dos tercios de los ecuatorianos tienen distribuido su patrimonio en estratos de pertenencias inestables, cuyos topes reales no corresponden a una economía de desarrollo, sino a lo que los expertos y sociólogos conocen como “tercer mundo”, es decir una deleznable miseria depredadora de la esperanza.

Una significativa riqueza está en manos de pocos círculos económicos, financieros, pero extremadamente poderosos los que a su vez están interrelacionados con la industria, con los medios de comunicación y por cierto con el poder político articulado en los partidos gubernativos tradicionales.

Están organizados exactamente como la estructura de los grandes clanes tramposos aunque con la apariencia social de beneméritos ciudadanos.

Tienen sus cenáculos privados, exclusivos, donde se permiten deleites imposibles para la inmensa masa de ciudadanos ajenos a dicho poder.

Articulan su poder en función de una interpretación muy particular de democracia y participación ciudadana.

Dicho modelo de comportamiento presupone que la “república” es válida, útil, si está a su servicio; de caso contrario sus propios peones de brega, haciendo uso muchísimas veces de recursos impúdicos, leguleyadas, interpretaciones mañosas de leyes y disposiciones, sobornando o finalmente fijando su voluntad aún contra el sentido común, imponen sus deseos.

La forma de mirar a nuestro Ecuador por parte de estos grupos pequeños y privilegiados desborda el absurdo. Para ellos, herederos de concepciones retrogradadas, el país sigue siendo su patrimonio de la cual hay que sacar el mayor provecho posible, y en dicha circunstancia, no hay miramientos ni compasiones.

Es vergonzoso pero real.

Suelen y así ha sido a lo largo de décadas reunirse en sus mansiones particulares y entre licores y viandas, designar incluso quienes serán las autoridades o quienes participaran como candidatos a tal o cual representación ciudadana.

Es cuento de mal gusto aquel pensar que en los partidos políticos tradicionales hay democracia.

Allí se suele escenificar la farsa previamente concebida, de aparente participación de bases, cuando ya, por atrás las cosas están oleadas y sacramentadas por el padrino de turno.

No se llame a engaño. Ellos siguen mandando. Son una minoría pero nunca han perdido el poder.

El otro lado de la medalla está directamente relacionado con la exclusión, con la marginación de la inmensa masa ciudadana.

Ecuador tiene niveles de pobreza escalofriante, más allá de lo que las impasibles estadísticas dicen.

Hay aun una pobreza mayor que bordea la miseria; es la pobreza de fe.

El pueblo en mucho ha perdido la esperanza.

Ha sido tan intenso y sostenido el engaño, tan perversamente manejada la farsa, que hasta los más optimistas dudan de la consecución de lo políticamente ofrecido.

Sobre pobre, carente de oportunidades, limitadas a raja tabla las potenciaciones humanas, su expectativa se diluye como bruma y más aún confluye con un sentimiento de derrota y de muerte.

Millones de ecuatorianos mal viven, en pobreza lacerante, en conventillos miserables, en tugurios enclavadas en los manglares, o al borde mismo de las nieves andinas o refundidas en las más inhóspitas selvas.

Millones prefieren irse y el éxodo a esta hora de la historia es terrible.

Cerca de cuatro millones están fuera y muchos de ellos no quieren volver nunca más.

Ni saber del país de origen.

Otros luchan desesperadamente en condiciones de oprobio e injusticia, explotados, humillados, acanallados, en condición de vil servilidad y prefieren todo eso, porque no les queda más, porque aquí nada hay que hacer.

La pauperización familiar es una realidad lacerante. Más de la mitad de las familias constituidas en la década de 1990 al 2000 están separadas y los productos de dichas relaciones, forjando una sociedad de parias, de resentidos sociales, de grupos marginales violentos y ya vemos como varias ciudades ecuatorianas están sitiadas por grupos vandálicos estilo "latín King" y otros. - Aunque el sistema informativo se esmere en minimizar el acontecer diario-.

Es evidente.

No podíamos esperar más de dicha situación.

Es decir sobre la pobreza económica, la moral.

Millones de ecuatorianos viven en situación de permanente angustia, otros tantos su ingreso mensual no supera los doscientos dólares al mes, generando una peligrosa inercia que paraliza la certidumbre.

¿Qué puede hacer una familia de cinco miembros con un sueldo menor de doscientos dólares? Nada, está postrada.

Y amargada.

Y los que no tienen trabajo. Miles, quizá millones.

Allí está un peligroso caldo de cultivo para lo que podría en un momento no muy lejano ser una guerra civil. No olvidemos que ya en la década de los años ochenta del siglo anterior varios observatorios de la política y su desarrollo, sentenciaron que de continuar como está el reparto de la riqueza, con injusticia e iniquidad, nuestro futuro fantasma era una guerra interna entre el mundo mestizo urbano y el marginal campesino.

Muchísimos niños y jóvenes ecuatorianos van aún a sus escuelas y centros de estudio tomando como único desayuno una taza de agua de panela o café y un verde o un maduro en la costa, y en la sierra en veces con un esmirriado pedazo de pan.

La nutrición acorde con la dieta de la pobreza es escasa y ya muchísimos ecuatorianos van desarrollando enfermedades colindantes.

En la parte montañosa, con alta densidad indígena, miles de amerindios tienen unos cotos electrizantes pues la falta de sal yodada, -porque no tienen ni para

eso-, los ha ido anulando y ya podemos decir que existe un proceso de retroceso en el transcurso evolutivo humano.

Sobre este tema hay que recordar como un autor ecuatoriano, cuyo nombre me causa escozor, pero hay que decirlo, Emilio Bonifaz, -heredero directo y benemérito apóstol de la doctrina aristócrata gamonalicia- , escribió un libro titulado “Los indígenas de altura del Ecuador” y donde planteaba sutilmente, con perversa estulticia, como posibilidad real, la necesidad de un exterminio, un genocidio, el mismo que posteriormente se dio, pues en ciertos programas de alimentos para el mundo indígena y bajo el amoroso regazo de Alianza para el Progreso, organismo de Estados Unidos de América, se inoculó por medio de la sémola y la leche klin, esterilizantes.

A tan solo cinco años de dicho proceso el índice reproductivo bajo de 4 a menos de 1 hijos y como si nada, los oficiosos voceros del Estado oficial y cierta prensa venal, justificaron dicho actuar bajo la muletilla de un asunto de recompensación hormonal.

¡Qué malditos!

La riqueza de unos es hiriente.

Existen en el país sectores con mansiones de lujo asiático, llenas de cuadros, esculturas, espejos, lámparas increíbles y de precios absurdos en un país en vías de desarrollo.

Allí están cercados, con guardias privados, sofisticados equipos de seguridad, con piscinas de mármol, helipuertos propios, marinas exóticas con yates de lujo, como una afrenta deliberada a los pobres.

¡Y tranquilos de conciencia!

No lo duden.

Maravillosas ciudadelas frente al mar, magníficas, mucho más que el común de ciudadanos puede imaginar. El lujo, el esplendor, la riqueza son fabulosos y así en marcadas regiones del país. Incluyendo por cierto frente a los lagos andinos o en las riberas de nuestros ríos orientales.

Cuenca desconcierta por las maravillosas residencias y Quito encierra a sus ricos en mansiones o departamentos cuyos precios tranquilamente sobrepasan millones de dólares.

A la par solo en el suburbio de Guayaquil, a siete minutos de Samborondón, un millón setecientas mil personas mal viven entre el lodo putrefacto y el acecho permanente de la muerte.

Es un cementerio de vivos.

El corazón se estruja, el llanto de impotencia constriñe los ojos. Verlo una sola vez para no olvidar jamás.

Pensemos, ¿cómo será la vida de esos pobres infelices que allí habitan?

Son multitudes.

Como son multitudes de dólares, cientos de millones, lo que tienen los ecuatorianos ricos afuera.

Quizá por eso muchos se cuestionan si Dios realmente existe.

¿Existe?

3.9. Los medios de comunicación

Junto con la religión, el poder de la comunicación hacen un dueto formidable para imponer una actitud, un proceso mental, una filosofía actitudinal en la sociedad ecuatoriana.

Hoy finales de la primera década del siglo XXI, la inmensa mayoría de los ecuatorianos tienen acceso a la propiedad de un receptor sea radio, televisión o de una u otra forma a algún medio impreso.

Esto que suena fantástico porque implica una intercomunicación entre todos, es decir una comunitarización del conocimiento en los planos elementales de la reflexión, para el Ecuador resultó nefasto pues usualmente los múltiples y diversos contenidos del proceso comunicacional obedecen a lineamientos y mentalidades primarias, no planificadas, más a un vivir el día y su circunstancia informativa o de entretenimiento que a planificar objetivos precisos para fortalecer un arquetipo de ecuatorianidad.

La prensa del Ecuador es, por decirlo suavemente, mediocre.

Toda, quizá no, pero en mucho es corriente, insípida, cómplice.

Los medios de comunicación con excepciones limitadas son también parte del drama y la tragedia.

Quien esto escribe, lo hizo como columnista de opinión durante treinta y cinco años en las páginas editoriales de varios de los diarios más importantes del país, y como tal los conozco.

Y como tal la autocrítica es ineludible.

Falta clase, falta preparación, carece de luz.

Si hay comunicadores no solo buenos, brillantes, pero son una minoría y usualmente para sobrevivir en su trinchera tienen que ceder a la presión de los dueños o directores de los medios.

Los comunicadores desde que un gobierno militar exigió la profesionalización para el ejercicio del Periodismo, tienen que tener nivel universitario como único requisito para laborar en los medios, antes ni eso. Un gentil versificador prontamente volvíase circunspecto y feroz periodista.

Improvisación.

¡Qué tragedia!

Periodistas, la gran mayoría, cuyos sueldos son inferiores a los trabajadores de aseo de las calles del país, menor en veces a la de un portero o un amanuense, sin seguridad laboral alguna, acanallados, ordenados, terminan siendo peones del empresario.

Peones de la inteligencia.

¡Qué asco!

Corrientes, vacuos, indignos.

No se investiga, tampoco se informa con objetividad, se baja la cabeza y hace lo que el dueño ordena y justo, por aquella claudicación de la dignidad, el papel de la comunicación social es vergonzoso.

Nadie se llame a engaño. Así es.

Anodinos, pobres infortunados, condenados en vida a alimentar su porvenir en base a la vacuidad, la superficial, la inconciencia.

Esperar que la comunicación colectiva sea parte del proceso liberador es una utopía, un sueño.

La prensa también es gran culpable del atraso y el poco sentido real y objetivo de lo que es una nación.

No es culpa nuestra, de los periodistas o de ellos, los empresarios, es consecuencia de la terrible y desconcertante organización del poder social y la acción política.

Todo gira bajo los intereses financieros y de privilegio.

Periodista que dice lo que realmente piensa y no es tronador de la voz del dueño. Afuera, sin trabajo.

Mienten, tergiversan, casi siempre están parcializados, peones de brega baratos, tontos útiles del poder instituido, en eso hemos caído la prensa y sobre eso con dirigentes gremiales, laborales, sindicales, parásitos, incoherentes, llenos de miedos, subyugados por el temor a la crítica, cobardes, melindrosos y lo peor acomodaticios por un mendrugo, por hilachas.

Qué poco vale para ciertos comunicadores la dignidad.

Su trabajo que debería ser valorado en su real plenitud aquí en nuestro Ecuador es minimizado, anatematizado y todos contentos.

La prensa no dice la verdad.

No educa, no informa, al contrario con su modelo conductual del pensamiento termina idiotizando, cumpliendo la orden de transformar al actor social en un guiñapo maniobrado por las emociones gestadas a partir de los medios de comunicación y su manejo subliminal.

La prensa, los medios de comunicación, tienen que cambiar radicalmente su actitud y aquello implica severa autocrítica, sentido pragmático y real de mirar las cosas.

Cuanta infamia ha disimulado, ha tapado la prensa y a la vez cuantas buenas honras se han ido a pique por la falta de coherencia o sentido moral al informar y comentar.

Prensa infamante, aliada de los poderes oscurantistas, a su servicio, sin reflexión, solo sirven para entontecer cuando su real objetivo tiene que ser educar, formar en valores, priorizar un sano nacionalismo, forjar un modelo, un arquetipo de ecuatoriano integro, coherente, amante de su patria.

Pocos son los medios y sus actores con actitud sensata y patriótica.

¡Qué va!, nuevamente y sin miedo.

¡Menesterosos!

Para su propio entierro no tendrán fuego porque en vida quemaron esperanzas, incendiaron el porvenir.

Capítulo 4

RECONSTRUYENDO LA MENTALIDAD ECUATORIANA PARA UN NUEVO CONCEPTO DE NACION

4.1 Introducción

Para llevar a plena ejecución la revolución mental, es decir un proceso de modificación absoluta de la actitud de los ecuatorianos, siempre será necesario tener en cuenta factores estructurales claves, varios de ellos ya enunciados a lo largo de este libro como son el antirracismo, la equidad de género, la desintoxicación mental de la sociedad, el desarrollo de la sensibilidad estética, la relación con la naturaleza, el manejo de una economía donde el capital privilegie el respeto a la condición humana, el uso de las Fuerzas Armadas como agente de cambio, de la misma forma que el poder de la iglesia en función de oficiales de conciencia y adoctrinamiento.

Más hay otros hechos que van, no al acontecer general, sino a la esencia privativa de los ecuatorianos y que no podemos dejar de tomar en cuenta como parte del proceso de cambio de pensamiento.

Hay que tener presente la naturaleza del pueblo, a nivel nacional entre una y otra región, todos tenemos elementos comunes que nos unen pero también hay muchos de carácter discordante es decir diferente que nos hacen sentir lejanos. Por ejemplo, los dialectos o las entonaciones verbales de la palabra. No es lo mismo un habitante de Esmeraldas que uno de Loja. Un ciudadano de Daule habla diferente a uno de Colta y sus actitudes y proceder también son diversos.

Las costumbres específicas por región, las tradiciones culturales, la herencia indígena o negra, evidentemente la europea, luego el sincretismo, lo que nos une, tiene que tomarse en cuenta para el logro del objetivo estratégico.

Una revolución de la mente parte siempre de la autocrítica, que es en mucho lo que hemos hecho en el texto. Tiene que ser dura, exigente, quizá hasta cruel consigo mismo para poder edificar, en función de la transparencia.

El nuevo ecuatoriano se gesta desde antes de la concepción biológica. Sus padres antes de tener el hijo tienen a sí mismo que redimensionar actitudes y proceder, para conociendo errores y concupiscencias forjar en lo contrario.

Esta fase no es fácil, ni cosa por el estilo pues los formadores de la nueva nación son representantes de la vieja y surrealista escuela de vida y como tal sus arquetipos, sus modelos no serán óptimos como quisiéramos, pero no hay otra.

Por ahora, hasta conformar los cuadros pedagógicos con la niñez y la juventud.

De la vieja cimiento botar el parásito, el rastrojo, lo pútrido para sembrar nuevamente.

Allí el proceso se demora siquiera una generación.

Para los ecuatorianos que están en vida, de la edad que fueren, la primera y sustancial modificación es para recuperar la autoestima colectiva.

El Ecuador es un gran país.

Pero aquello no puede quedar en palabras. Hay que formular procesos educativos, sustentados en un inteligente manejo de los audiovisuales y las pedagogías de limpieza cerebral, aunque el término suene un tanto subversivo.

Recuperar el autoestima significa valorar en su real dimensión el país que tiene y la sociedad en que vive y forjar con natural espontaneidad orgullo, por lo que se es y por lo que como pueblo y nación constituida se tiene y ante todo se puede hacer en adelante.

Un país con la autoestima por los suelos se pudre solito. Ya nos pasó. No nos engañemos.

Nuestro país, nuestro Ecuador tiene mucho, muchísimo para ser el mejor.

Fortalecer el sentido de pertenencia de forma tal que la patria, sea sangre, vida de un todo armónico y soberano.

Mi país vale.

Forjar con firmeza y determinación la mentalidad triunfadora. El derrotismo, la abulia, el escozor, la torpeza desaparecen en la nueva nación.

Un pueblo pesimista vive siempre al borde de la tumba.

Recuerden aquella canción nacional, “yo quiero que a mí me entierren...a mitad del día” y fue por mucho tiempo el himno nacional popular.

Fatal.

Un país de triunfadores, seguro de sí mismo. Valiente más que cualquiera, decidido hasta la temeridad pero fortalecido en su propia fe, en su seguridad de que va rumbo a ser la gran nación.

La potencia regional.

Revolución de la mente creando conciencia activa. Para defender el entorno natural, por ejemplo, definir estrategias de participación comunitaria directa en la responsabilidad con el entorno.

Cambie la mentalidad y no tendremos que insistir con cansada perseverancia: “ponga la basura en su lugar”.

4.2. Segunda independencia

Partiendo de un gran objetivo común, con metas y desafíos claros.

Si hacemos bien las cosas, para la década del 2020 al 2030 el país habrá superado el atraso coyuntural y en muchos de los duelos del desarrollo estará diestro para enfrentar y vencer.

¿Por qué no la primera economía sustentada en la industrialización alimentaria?

Sueñen.

Atrevámonos a soñar.

¿Por qué no la industria turística más dinámica y eficiente del continente?

Nuevamente. ¡Por qué no!

¿Por qué no ser los mejores en la industria cultural? Que nuestros maravillosos ballets folklóricos conquisten los más importantes escenarios del mundo.

Que los grandes teatros del orbe sepan de nuestra presencia.

Que nuestros pintores, poetas, músicos, nuestros grandes actores de la cultura, sean el gran orgullo.

Que todos estén al tanto, a lo largo y ancho del planeta, que Ecuador tiene todo para justiciar su sueño de potencia cultural. Porque sí lo tiene. Porque vale, a la altura de los más excelsos.

Por qué no docenas de medallas olímpicas y grandes triunfos en los eventos deportivos del planeta.

Por qué no mi Ecuador, campeón mundial de futbol.

Sí se puede.

Cambia la mente y cambia todo.

Por qué no desarrollar una ciencia y tecnología propia, auténtica y donde nuestras universidades brillen en la constelación de las mejores del planeta.

Rescatar nuestra ciencia ancestralista. Conquistar el universo de la magia tecnológica y forjar un prototipo auténtico de investigación, sin perder la universalización del saber, al contrario aliándose estratégicamente.

Por qué no, nuestras maravillosas mujeres en el parnaso de la gloria en los concursos internacionales de belleza.

Una y muchas ecuatorianas miss universo.

¿Por qué no un cine fabuloso, auténtico, mágico, nuestro, arrasando los grandes premios del séptimo arte, desde los Oscar hasta los de Venecia, pasando por Berlín, el cine hindú, el iraní? El de Cannes?

Las conquistas ciudadanas, las del real bienestar, se las logrará solo si hacemos del Humanismo Comunitario nuestra filosofía y de la pragmática actitudinal nuestra absoluta entrega.

¿Por qué no un país donde el adulto mayor inmediatamente cumplido su edad laboral, 65 años tenga renta fija, medicina protectiva y espacios de esparcimiento, para todos sin excepción?

¿Por qué no vivienda, trabajo, alimentación, educación de gran calidad, nueva, para todos sin excepción?

Cada familia ecuatoriana superando sus necesidades primarias tenga también absoluto derecho y facilidad para tener su vehículo de transporte familiar.

Sí se puede.

¿Por qué no vivir todos en el estado del bienestar. El buen vivir?

¿Por qué no darle una oportunidad a la esperanza?

Todos nos beneficiamos.

Todos podemos.

La revolución del Humanismo Comunitario, es decir la búsqueda de la Segunda Independencia es ante todo una revolución de la mente, de la inteligencia, de la cordura, del sentido común.

Sin duda del amor. Del Humanismo Comunitario.

Y lo vamos hacer.

Lo estamos haciendo.

Para lograr el cambio de mentalidad colectiva tenemos que desarrollar un proceso estratégicamente definido y factible de lograrlo, midiendo tiempos, espacios y reales posibilidades de aplicación, las mismas que de forma permanente tienen que ser evaluadas y repotenciadas.

La doctrina es muy natural, no necesita de eufemismos ni de ecuaciones literarias.
Es el "Humanismo Comunitario".

Es decir su esencia primigenia está en el respeto absoluto a la condición humana,
a todas las formas de vida y variadas expresiones de la misma.

Su logro y consecución requerirá de formas, políticas y estrategias claramente
orientadas pero todas sustentadas en varios pilares básicos que ha continuación
analizamos.

4.3 Diez propuestas para construir la nueva nación

4.3.1. El antirracismo

Todos los seres humanos son absolutamente iguales, las diferencia de colores, costumbres, tradiciones, religiones, no limita en absoluto su condición de ser humano.

El Ecuador es un país racista.

Pero no es un país tonto.

Intuye la realidad, sabe todo con claridad, sabe que es segregador y excluyente y por ello requiere potenciar la fibra más íntima de su individualidad, aquella que se llama conciencia del ser y que da la identidad plena con todos los semejantes.

Es decir, hay que despertar el sentido de la natural equidad gestada en la única verdad, todos los seres humanos son exactamente iguales.

Mientras el racismo subsista los mecanismos de la dominación permanecerán engrasados y continuaran demoliendo la esperanza.

El racismo lo vamos a vencer si primero en el todo comunitario, en las aulas, en los medios audiovisuales, en el escenario público, nos descarnamos y en autocrítica conjunta desnudamos todas las debilidades colectivas, los prejuicios, las sin razones.

Dicha autocrítica nos permitirá conocer de primera mano e íntimamente cuáles exactamente son los prejuicios adquiridos, por qué se han dado, como ha sobresaltado a unos y a otros y solo ese enfrentar la verdad entre los actores, nos permitirá ver ya con claridad meridiana, que el racismo en el Ecuador es una burda sinrazón, una torpeza.

Si el indio, el negro, el cholo, el montubio, el mestizo descubren su yo, todos ellos se sentirán identificados por una común aflicción, pues todos han sido heridos.

Agredidos.

Agresión mutua, humillación deliberada, pre elaborada en la mente y procesada en gesto y actitudes con trasfondo de venganzas mal enhebradas, olvidando que todos al final han tenido la misma insignia del mal.

El proceso de forjar una conciencia antirracista, hemos dicho, empieza con la autocrítica pero posteriormente requiere potenciarlo bajo procesos concretos de concertación comunitaria.

Desde la educación parvularia, el Estado y con él, políticas profundas deben insistir en la convivencia entre niños de diferente origen étnico.

No segregación.

Los maestros tienen que forjar un proceso de equilibrio y respeto mutuo, aceptando la diversidad como un bien, como en realidad lo es y no como una diferencia que marca espacios.

El aceptar la diversidad implica una educación en la tolerancia, en la amplitud de la espiritualidad, en la visión del país y del planeta como un regalo maravilloso donde la multiplicidad tiene el esplendor de lo supremo.

En este momento el cambio de mentalidad tiene que anular los rezagos especulativos del ayer pese a que estos aun coexistan en especial en las personas de edad más avanzada.

Allí tienen un papel fundamental, decisivo los medios de comunicación, en particular los audiovisuales.

Obviamente para que estos apoyen el proceso de cambio de mentalidad primero tendrán que cambiarlo ellos, aquel obstáculo también es subsanable, pues el sentido común va imponiendo su energía pese a una que otra fuerza retardataria.

Estos son ciclos evolutivos de la conciencia humana y aunque se demoren se están dando ya, pues, la propia dinámica de los procesos comunicacionales sabe que la inercia o el tapar el sol con un dedo, lo único que logra es aislar del tren de la historia.

Siempre, absolutamente siempre el desarrollo del enjambre de estímulos tiene que privilegiar el fortalecer un orgullo supremo por ser parte de la condición humana.

Dicho orgullo revaloriza, repotencia, alimenta la estima individual y únicamente allí, fortalecido el diafragma mental se continua con el proceso de inducción a una conducta societaria que basada en el comunitarismo expanda los beneficios a todos, con sana equidad.

Es por ello que en la parte pragmática hay que abrir las puertas de las diferentes instancias de representatividad comunitaria a aquel ciudadano cuyo merito personal no sea medido por su color sino por la real complexión moral que tenga.

Eso es democracia.

La ecuanimidad. Cambiar la mente.

4.3.2. La equidad de género

El humanismo comunitario comprende que el hombre y la mujer son exactamente iguales, diferenciados por las naturales funciones biológicas.

Pero iguales.

El cambio de mentalidad frente a la relación de géneros definirá el porvenir de la nación. Son herencias del ayer, de una serie de comparecencias de carácter actitudinal, religioso, de presunta dominación del más fuerte y han tenido para el país consecuencias aterradoras.

Primera década del siglo 21 y la mujer en el Ecuador continua sin dar toda su real potencialidad y fortaleza. Su inmensa capacidad intuitiva, su especial sentido común, su baluarte en el amor, han sido desperdiciados y la humillación en variados grados y circunstancias es la realidad en el contexto actitudinal de los ecuatorianos.

Un machismo exacerbante y torpe, singularmente aupado por las mismas mujeres quienes forman a sus hijos marcando diferencias e imponiendo modelos de comportamiento.

En el Ecuador de poco tiempo atrás que en un hogar naciera una hija mujer y peor si primogénita era visto por decirlo menos con desagrado.

¡Huy! Chancleta.

El modelo forjado por la dominación, expresado en la herencia de ultramar, impuso directrices claras en cuanto a valores y normas de comportamiento y en dicha circunstancia se relegó a la mujer a funciones sino decorativas o reproductivas a papeles secundarios, próximos al entorno familiar y dejando al varón una libertad de indiscreción que le permitía ser rey, amo, patrón, señor, caballero, actor político, jefe de familia, todo, menos descender a funciones destinadas únicamente a las mujeres.

Eso, jamás.

¡Eso es cosa de ellas!, se decía.

Nuevamente la “democracia” cumpliendo el papel de falacia.

Tienen que ser los Presidentes García Moreno y Alfaro, quizá los únicos realmente esclarecidos, pese a sus desatinos, quienes intenten modelar una nueva dimensión en el comportamiento colectivo.

Cierto es que García Moreno en algunas circunstancias era extremadamente duro en su visión de respeto y moral y que Alfaro no tuviera escozor en insistir que la mujer debe enfrentar el desenfado patriarcal no con resignación y sí con entereza.

Las diferencias de género, terribles y lacerantes pensaron ellos se superaría con la educación, el conservador trajo a las órdenes religiosas y el liberal al laicismo. Se inició un proceso de refrendación colectiva y pasaron los años, llegó la hora de la evaluación de lo logrado y la desazón es importante.

Los análisis matemáticos y estadísticos aproximan su verdad pero las conceptualizaciones a partir de la interiorización en la conducta colectiva, dicen otra cosa.

La mujer ecuatoriana continúa humillada y sojuzgada, pese a los avances logrados en materia de jurisprudencia, derechos civiles, sucesorios y otros que fueron violentados a lo largo de los tiempos.

Podría decirse que es un problema cultural, que estructuralmente el Ecuador ha articulado las relaciones de género a partir de la imposición hereditaria de modelos específicos de analogía y dependencia.

También se puede aseverar que mucho tiene que ver el dogmatismo de la iglesia, que condenó a la mujer a un papel secundario en el acto trascendental de la vida y justificar el brutal retardarismo y ceguera que prácticamente anuló la capacidad generativa de una buena coincidencia de especies.

Lo cierto es que la fuerza vital femenina está mal empleada o como dicen los expertos, subempleada.

Hasta el día de hoy en las listas electorales de la democracia tradicional, presuntamente participativa, las mujeres tienen mínima participación.

Logros si los hay; más de la mitad del total de estudiantes universitarios de todo el país es mujer y usualmente con superior rendimiento al del varón.

Ya, al fin, puestos importantes en la administración pública, en las academias, en los sitios más destacados, están en manos de mujeres y, alegre decirlo desde la visión masculina, lo están haciendo mejor que los del género contrario; pero pare de contar; el resto, la inmensidad todavía tiene erosionado el camino.

¡Hay que cambiar la mentalidad!

No hay otra salida.

¿Cómo?, como propone la doctrina del Humanismo Comunitario.

Reivindicación radical.

Desde antes de cero, la mentalidad de los gestores tiene que estar potenciada actitudinalmente para cumplir a rajatabla los preceptos reflexivos de equidad.

Cambiar la mentalidad que obligue al respeto mutuo, absoluto, en exacta igualdad de condiciones. Es decir la humanidad realizada plenamente en el comunitarismo.

Definir de una vez y para siempre que con excepción del parto y la lactancia, absolutamente todas las otras responsabilidades es autoritariamente inherente a ambos sexos. El compromiso es mutuo y simultaneo. Por ello los patrones tradicionales tienen que ser desenraizados partiendo de la actitud inicial.

Allí y recién allí podremos empezar a certificar que los Derechos Humanos no son mero ilusionismo metafísico de feministas discontinuados.

Evidentemente esperar un cambio con la mentalidad tradicional es ilusorio. Por ello es que la reeducación es un proceso intenso de persuasión que parte del ejemplo.

Ese modelo, aquel ejemplo, tiene que verse a partir de los medios de comunicación en campañas intensas, manejando recursos concluyentes que activen el inconsciente reflexivo, que obliguen a las conductas reflejo a modificar patrones actitudinales.

El recurso potencialmente más intenso es el video tridimensional interactivo.

Es decir gestar la pedagogía a través de ejemplos formales pero que permita interactuar entre emisor y receptor, modificando la respuesta acorde al estímulo.

Es una forma científica de inducción.

Por cierto que se dice que ello implica un lavado cerebral y que como tal es atentatorio a los derechos particulares, pero acaso no será prudente volver a examinar dichos derechos y ponerlos a la altura de los tiempos.

4.3.3. La libertad de conciencia religiosa

Quizá el más peligroso de todos los elementos coyunturales que han hecho del Ecuador un país nihilista es el mal uso de la religión.

El Humanismo Comunitario considera al ser humano como la más excelsa representación de la divinidad superior. Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, es decir le dio la condición de la deidad.

El efecto en el Ecuador del uso de la fe y la religiosidad como estrategia de la dominación ha cumplido su papel a plenitud.

La articulación de un pensamiento racionalista y pragmático se ha visto a lo largo de los siglos modificado y trastocado bajo la influencia y percepción de la iglesia.

El modelo estructurado en la dogmática escolástica del catolicismo ha cumplido a perfecta plenitud con el ritual de la sumisión y el ablandamiento.

En el Ecuador el poder de las órdenes religiosas ha sido tan intenso que incluso en la actualidad tienen bajo su ordenamiento importantísimos segmentos de la educación en todos los niveles, medios de comunicación y sobre todo la inconsciente perseverancia de las grandes masas, abrumadas por los conflictos sociales y sedientas de una emoción espiritual que calme las angustias místicas.

Si valoramos con objetividad el papel de la Iglesia Católica del Ecuador, la mayoritaria en el culto ciudadano, concluiremos que ha sido contradictoria al extremo.

El tradicionalismo autoritario del clero ecuatoriano desborda lo inimaginable.

Con excepcionalidades brillantes.

El cielo tiene precio.

Recordemos por ejemplo a Monseñor Leonidas Proaño, el Obispo de los Indios.

Su compromiso lo llevó incluso a ser denigrado por la cúpula eclesiástica, influyó en las fuerzas policiales quienes lo consideraron subversivo, terrorista, a la par de humillarlo. Todo porque con sus acciones miró de manera diferente la función de la iglesia pues exigía de ella que sea un real agente de liberación.

Rememoremos como los religiosos y religiosas promotores de la Teología de la Liberación han sido perseguidos hasta la misma muerte. Son contradicciones terribles.

La religión educa, tiene en sus manos institutos gigantescos en todo el país, pero preguntémonos realmente, educa o mal educa, forma o deforma.

A fin de cuentas la educación tradicional en la representación en que está dispuesta es una estupidez sin nombre, sin pies ni cabeza.

Obedece a patrones academicistas anquilosados donde se inflama hasta la exaltación los rezagos colonialistas.

Las consecuencias están a la vista, país rancio, entre los más corruptos de todos, con índices de atraso y desarraigo como pocos, forjando ciudadanos a partir de un modelo vertical de subyugación y aprisionamiento.

No se educa para la libertad.

Se educa para el miedo.

Para el temor, siempre con el dogal del castigo eterno. En la otra vida Dios te recompensará. Aquí en la vida terrena tienes que sufrir para alcanzar la bienaventuranza en el más allá.

Los famosos valores morales, cívicos, actitudinales que se dice facilita una educación bajo los preceptos religiosos son relativos.

Muy relativos.

Esa fe forjada en el memorismo irracional de dogmas y más aún de herencia judío romano cristiana, es decir en su génesis lejana a nuestra identidad, han forzado a

un curioso sincretismo entre nuestra verdadera cosmovisión de la religiosidad y la imposición del modelo colonial de fe.

Resultado, una fe dudosa, intensa pero no plenamente fecunda. Tan es así que hasta hoy junto a los rituales de la liturgia católica se incluyen elementos culturales y religiosos propios de las deidades amerindias.

El resultado de esa curiosa imprecisión ha dado lugar a marcadas contradicciones. El modelo de religiosidad basado en el perpetuo perdón y conmisericordia, desvalorizó la conciencia crítica objetiva del yo interior y la transformó en excelentes exudadores de culpas.

Las acciones de vida perdieron el superior respeto al sentido común para transformarse en base a la articulación de la misericordia imperecedera, aquella llamada a pasar todo por alto, incluyendo delitos de agraviada humanidad, pues se deificó el perdón como virtud cardinal de todo proceder.

Las cárceles están llenas tanto como los templos de fervientes pecadores, que inclinan reverentes su emoción hacia el universo del fanatismo.

Es como el conjuro del mal.

Dios perdona a todos y en todas partes. Incluso a los atenuados. Aquella es su voluntad.

Con esa forma de entender a Dios, a la energía infinita y su fortaleza inmanente, continuaremos perdidos en el averno.

El Humanismo Comunitario tiene claro que mientras la exacerbación religiosa y el oscurantismo especulativo espiritual reinen, cualquier proceso de cambio de mentalidad es inútil.

En esta circunstancia la única alternativa real es que la mudanza de pensamiento provenga del propio núcleo del poder clerical, -¡Imposible se dirán!- que dentro del vientre de lo incongruente, se dé una resurrección de la razón para mirar el Ecuador y el mundo con los ojos de la sabiduría.

No de la superstición paralizante, ni bajo el reino del oprobio mercantilista.

¡Basta de fariseos!

En mucho todavía el mando eclesiástico y ciertas iglesias de matriz anglo sajona, manejan los hilos del poder e imponen una ideología que con la presunción de liberadora, termina siendo domesticadora, amansadora, desbravadora, avasallando así la esencia natural de la espiritualidad que es la armonía comunitaria, en función de la equidad y la justicia.

Es solo ilusionismo.

Si no hay aquella, nada hay, peor paz.

Hay que dar un vuelco radical en la visión y objetivos de la religiosidad.

Mientras superviva en el dogmatismo, mientras cierre los ojos a su pobreza espiritual, mientras perviva el analfabetismo concienical, mientras sea cómplice del sistema, mientras oficie de actor de refuerzo en el modelo de explotación, nada cambiara.

La iniquidad no se cambia con rezos y letanías.

Se cambia cuando el verdadero Dios, el del Humanismo, el Dios hombre, resucita en sí mismo por medio de la mentalidad liberadora.

Cambiar la mentalidad es articular la fe, la estrictez a partir del engrandecimiento del ser humano desde su existencia terrestre y no pontificar al más allá, a la otra vida.

Aquello es disparate, es engaño.

Una religiosidad de nueva mentalidad es por propia efervescencia redentora. La íntima relación con Dios, no es asunto del poder de la iglesia sino de la concatenación de los atributos positivos de la condición humana en su dignidad superlativa con la acción diaria de la comunidad.

Lo que se llama responsabilidad de base.

Evidentemente los artificios del despotismo permanecen vigentes. La fe manipulada es ciega y el poder retórico y persuasivo tiene como energía la inocencia y la esperanza.

Nada más contradictorio.

Ser libres es quitar las ataduras de la mente, de forma aún mayor que las del cuerpo.

No fue porque sí, que el filósofo alemán Karl Marx llegó a tachar a la religión como el opio de los pueblos.

No a la energía infinita, a la divina providencia o como se quiera llamar a la potencia de éter ígneo que rige el mundo. Fue a la religión. Al poder creado por los hombres para usar la fe de los mismos en beneficio limitado.

Axiomáticamente podría pensarse que este proceso implica la desaparición de órdenes religiosas, conventos, y todo el entorno de influencia eclesiástico lo que

en las circunstancias de la evolución de la conciencia crítica sería extremadamente difícil.

¡Por ahora!

El Humanismo Comunitario en su tercer pilar de sustento sabe que las mismas fuerzas gestadas en el poder religioso o desaparecen o evolucionan como los más eficientes agentes del cambio, así como en su momento de la historia, esas fuerzas impusieron un modelo cultural en las artes, las letras, la ciencia, el pensamiento y forjaron la cultura iberoamericana; así como construyeron los templos de la nueva religión, sobre las piedras y los cimientos amerindios, así como impusieron un arquetipo de comportamiento inculcando conductas, gestando tradiciones, marcando leyendas, de igual forma la rueda sonora de la historia exige, que los agentes promotores del evangelismo, sean vitales soldados de la segunda independencia.

Exige su renacimiento para saliendo del oscurantismo de cientos de años al fin forjar una condición humana de altísima espiritualidad, dotada de una sabiduría cósmica infinita, preparada para resistir la arremetida de los nuevos dioses del hedonismo y el ciber espacio.

La iglesia tiene que darse así mismo una autocrítica severa y no ocultar para nada sus brutales crímenes, su complicidad con los actores de la muerte, su permisividad ante los horrores del esclavismo, su silencio vil e hipócrita ante la injusticia.

Tiene que reconocer y pedir perdón, públicamente por haber sido parte del engranaje de la ignominia y la opresión. Tiene que rendir cuentas de su perpetua inconsciencia ante los hechos de la naturaleza y la ciencia. Su brutal oscurantismo histórico mantiene hasta hoy sus pesadas sombras tradicionalistas.

Tiene que marcar el son de la historia con una nueva, totalmente nueva mentalidad. De caso contrario de aquí a un siglo habrá desaparecido por propia consumación.

Una iglesia comprometida es redentora pero para realmente serlo, tiene que ser auténtica, próxima en su realidad actitudinal a los postulados que patrocinan la concordia humana. El Humanismo Comunitario.

Una religión, una iglesia que se cree fanáticamente dueña de la verdad y como tal desaprueba y desvaloriza a otras formas de expresar la espiritualidad, es una iglesia del demonio, pues vuelve a los suyos fanáticos, ciegos y peor aun obstinados.

Revolución mental, radical.

Empezando por la re conceptualización de su función.

Es empresa educativa, es corporación financiera, es organismo de asistencia social, es agente de las bolsas de valores, es empresario agrario, es propietario de medios de comunicación de toda estirpe o es, lo único que debe ser, centro de oración y contacto con la energía infinita.

Cambio de mentalidad. Sus líderes lo saben. Por algo se preparan, en veces mejor que el mundo laico, pero no van más allá. Los hilos vigorosos del poder instituido, con el mando de camarillas astutas de tinte ideológico, político, empresarial, es decir de agentes de la dominación, todavía mantiene firme las ataduras del conformismo tradicionalista.

Por ello el Humanismo Comunitario es claro al imponer la libertad de conciencia, la libre potestad, el vencer las cadenas del fanatismo esclavista elevando al hombre en su esencia más pura al lugar de Dios.

Dios es hombre.

El hombre es Dios.

No hay para llegar a él sino, uno frente al otro. Los intermediarios políticos son usureros del espíritu.

4.3.4. El nacionalismo pragmático

El Humanismo Comunitario sustenta su ideal en la certeza absoluta que todos los hombres del mundo y todas las civilizaciones que pueblan la faz del planeta tienen un destino común y de proximidad con el cosmos infinito.

La civilización terrestre vive aún atosigada por gravísimas convergencias de racismo, xenofobia, complejos de superioridad, lucha de religiones, reordenamiento estratégico para beneficio de unos pocos y el acecho del dragón de fuego más peligroso de todos, la globalización hedonista al mando de las multinacionales.

El acecho del poder globalizador no converge en beneficio de todos sino que busca generar un poder unipolar, nacido del eje del gobierno virtual corporativo gestado en el vientre de las multinacionales.

Las naciones como Ecuador son usualmente las más fáciles de arrastrar en esta dinámica dadas las desconcertantes contradicciones de la sociedad y en dicha avalancha es muy fácil la anulación de todas las esencias de la nacionalidad. Tradiciones, costumbres, leyenda, historia, todo es arrasado por un pensamiento dominador que no solo impone el culto de la necrofilia sino que define los espacios nacionales como su propiedad de influencia y por tanto de agresión.

El nacionalismo ortodoxo es para el Humanismo Comunitario fundamental. La vida misma del Ecuador depende de la actitud que se tome tanto como Estado cuanto como cualidad de todos y cada uno de los ecuatorianos.

La necesidad de un radical cambio de mentalidad en cada uno es imprescindible. La pérdida de la autoestima colectiva, la migración a nivel absurdos, los millones de desplazados de oportunidades y del desarrollo, han creado un ensimismamiento del sentido patrio y de orgullo por su identidad que prácticamente hay un renegar del origen nacional.

Urgente, cambiar la mentalidad. El Ecuador no puede darse el lujo de seguir perdiendo lo mejor de su fuerza productiva para ir en condiciones de férrea y humillante dependencia a naciones en veces incluso hostiles contra los naturales.

El trato que en España, Italia, los Estados Unidos de América reciben muchos ecuatorianos es intolerable. Segregación, racismo, degradación, tratados despectivamente, “sudacas”, y mil linduras más. Las familias desarraigadas, sueños inconclusos, frustraciones colectivas, sentimiento de rechazo, de odio a lo propio por sentirlo como causante del drama.

Trabajar para fecundar un nacionalismo intenso, que ame y se apropie de lo suyo con intensidad superlativa, es una necesidad que permitirá la sobrevivencia.

La segunda independencia tiene para el nacionalismo un destino superior pues si nuestro Ecuador no marca sus límites y horizontes con destreza pragmática fácilmente puede desaparecer.

Nacionalismo ortodoxo.

Ecuador no tiene amigos. Jamás lo ha tenido. Vecinos y ¿qué vecinos?

Tiene que defenderse solo y en todos los frentes, más aun en el ideológico.

Un nacionalismo no fanático.

Sí pragmático.

4.3.5. La ecología redentora

La Ecología redentora, está directamente relacionado con la protección de la vida en todas sus potencialidades.

La depredación del entorno natural en uno de los países más mega diversos del mundo es infernal. La pérdida del Ecuador de sus múltiples ecosistemas tiene los ribetes de lo aterrador y desconcertante.

Un país maravilloso, prodigiosamente dotado, como pocos sobre la faz terrestre es sin embargo perversa y sistemáticamente destruido.

En principio fueron los procesos de colonización interna y las hambrientas fauces de unos cuantos insensatos quienes miraron los bienes naturales como oportunos para su codicia y jamás supieron aquilatar las verdaderas consecuencias de su proceder.

Este proceso donde el absurdo toma ribetes de lo desconcertante fue desgajándose hasta convertirse en una epidemia asoladora ya no solo del entorno sino de la propia convivencia comunitaria.

La contaminación de los ríos, la deforestación criminal que no únicamente destruye el bosque sino todo lo que en el habita, animales, agua, insectos, mariposas, millones de formas de vida perdidas para siempre, se volvió común y los ojos de la razón se cegaron para siempre.

Devastación de los mares.

Contaminación de las aguas.

El envenenamiento del entorno natural, el aire, la vida. Cientos de especies vegetales contaminadas o destruidas. Inmensa cantidad de la fauna perdida. Aves y animales sacados de su entorno natural para ser comerciados.

Explotación inmisericorde forzando a la naturaleza a procesos productivos que violentan toda su sinergia.

Es decir la plena vigencia de la estupidez.

Pero aquello acontecido al Ecuador, aunque sea forzoso en insistir, únicamente certifica que mucho del común social convive aún con la sinrazón y la necesidad.

Parece que no nos damos ni cuenta de lo que sucede pese a que el drama está presente, ante nuestros ojos. Estamos destruyendo nuestro más importante patrimonio sin percatarnos de la realidad misma.

Todo responde a la carencia total de conciencia crítica, de un espíritu comunitario creador y sobre todo liberador donde la sabiduría ecologista ocupe el primer plano.

Es otro de nuestros grandes dramas, la inconsecuencia. La prolongación del absurdo anarquista sobre la racionalidad, La destrucción de la vida elevada a la glorificación por la muerte.

Cambio de mentalidad para fecundar aprecio intenso por la vida de la naturaleza.

Campañas intensas con participación activa de la comunidad, con responsabilidades personales y sociales.

4.3.6. La construcción del ideal: (re)potenciar la herencia cultural y estética

La Construcción del ideal, es decir la racionalización del absoluto estético y su interacción con los hechos de la existencia diaria, que permita fortalecer un modelo de apreciación correcta de los acontecimientos y su relación con el entorno y su valoración plasmada a los niveles de más alta excelencia.

El humanismo comunitario da como premisa sentada que una nación más espiritualizada en su sensibilidad colectiva es más armónica, organizada y actúa sin presión sino en concordancia con la razón lógica.

Esto es fundamental para poder construir el comunitarismo.

No es asunto sencillo, ni cosa por el estilo y para aproximarnos a su efectivación tenemos necesariamente que hacernos esta reflexión.

Sí, es verdad, lacerante y cruel, el hecho de una incoación desalmada, irracional, absurda por parte de los sectores tradicionales excluyentes y de marcados tintes xenófobos frente a todo lo originario.

Innegable.

Así fue y de ese legado mucho queda.

Allí la iglesia tuvo un papel desconcertante, -por la exaltación de los contrarios-, la violencia contra indios y negros y la magnificación crística de la belleza.

Justamente de dicha vertiente, en una especie de pago de improntas, de purgar penas, surge el arte supremo con toda su incuestionable estética y sus grandes maestros creadores, aportando a la consolidación de un modelo cultural

ornamental, a lo largo y ancho no solo del Ecuador sino de América, con escuela propia y auténtica de artes, Escuela Quiteña.

Soberanamente bello, esplendorosamente mágico, sin duda el más maravilloso de todo el continente.

El Ecuador, que de por sí es de una magnificencia habitualmente esplendorosa, única, absorbió de la naturaleza su más intensa esencia de belleza la misma que fue plasmándose en la genética estética de todos y cada uno de sus habitantes.

Ya en el período histórico conocido como pre colombino, es decir previo al advenimiento de la conquista ibérica; -un periodo comprendido por quizá 10 mil años de existencia, lo que de paso nos transformaría en una de las civilizaciones más antiguas de la humanidad;- nuestros ancestros amerindios, ubicados en diferentes periodos antropológicos y arqueológicos, partiendo desde la cultura San Pedro, Valdivia, Guangala, Chorrera, Narrio, Tuncahuan, Negativo del Carchi, Daular, Napo, Bahía, Manteño, y casi medio centenar más, hasta llegar a la Tolita, nos dan ya, de por sí, en sus magnificentes cerámicas, donde grababan no solo su ser natural, su religiosidad sino la vida diaria misma, la más clara expresión de que en nuestra territorialidad ecuatoriana tenía para sí todo un ancestro donde su cosmovisión humana, solar, era armónica, sincrética y superior.

El Ecuador es uno de los pocos pueblos del mundo que puede gritar al viento el no ser “huaira pamushcas”, es decir hijos del viento, hijos de nadie.

Al contrario, Ecuador tiene herencia y “pedigrí”, tiene un pasado magnificante, un legado deslumbrante y del cual, absurda, estúpidamente, causa y consecuencia de la mentalidad burda y esquizofrénica del sector dominante, tradicional y oscurantista, hemos renegado, ocultado, avergonzado.

Tal ha sido la nefanda y criminal mentalidad de los dueños de la patria.

De la educación “tradicional”.

Este pilar, otro más en el que se sustenta el Humanismo Comunitario, mantiene como postura básica la inmediata repotenciación de toda su herencia cultural y estética.

Es desconcertante y como tal lacera el alma lo poco o nada que se conoce sobre cultura y ancestralidad. Al contrario, se mira si no con desagrado al menos con desden.

Se habla genéricamente, de cómo “los indios han sido” como que se tratase de algo lejano y que no nos corresponde.

Aquí la mente del racismo negativista brilla en sus más lúgubres destellos.

Y si vamos hacia las expresiones innatas en la música, las costumbres, la alimentación de nuestra ancestralidad, existe un sentimiento de negación que trastorna.

Es decir aquí el oscurantismo se perpetuó.

Hay que abrir los ojos, bien, pero sobre todo con el espíritu amplio, perceptivo, superior, como es la esencia vital de nuestra doctrina.

El arte ecuatoriano, en todas sus mil expresiones es luminoso.

Vamos por la música más intensamente auténtica. La nuestra, la genuina.

Nos hierve la sangre, nos llena al instante el rostro de felicidad, instintivamente queremos bailar.

Escuchen una banda de pueblo, cualquiera de las 1112 bandas populares certificadas que existe en el país.

No hay nadie, absolutamente nadie que se precie de su ecuatorianidad que no se ponga inmediatamente feliz al escuchar sus sonos.

Sin embargo, de ello hemos hecho mal uso.

En el pecaminoso silencio de los complejos patrimoniales, de las chifladuras sociales, preferimos disfrutar ese instante y guardárnoslo, como un mal secreto, como una vergüenza facturada en la comparación con la música de otros pueblos, “¡esa sí civilizada!”.

¡Qué disparate!

¡Qué brutalidad más grande!

Nosotros somos patria solar, somos hijos del calor, de la vida, de la primavera eterna. Nuestra esencia no viene del hielo ni de la claustrofobia guerrerista milenaria.

Somos más auténticos. Nuestras tierras siempre fueron alegres. Jamás los quindes, los güiras churos, las guacamayas, dejaron lucir sus lujuriosos gorjeos.

En esta patria el silencio no nace del frío, nace del amor. Por eso nuestras sinfonías no se aplauden reverentes sino se bailan con la danza de la jubilosa euforia.

No son mejores, son diferentes. Nada más.

Y nuestros pasillos, y albazos, y la maravillosa rokola, dueña absoluta de América.

El humanismo comunitario nace de la más pura entraña de nuestra vertiente solar y como tal ama con intensidad superlativa lo suyo.

Nuestro folklore, nuestros rituales, las milenarias danzas aborígenes, las fiestas del sol, la siembra, la cosecha y cientos más de auténticas expresiones del ser nacional, han sido igualmente deformadas de su esencia primigenia.

¡Fiesta de indios!

Otra vez el oscurantismo racista brillando a plenitud.

Cambio radical de mentalidad. Revolución de la inteligencia.

No es el afán comparar, allá cada cual con sus afanes, pero acaso México, el lindo México, no ha logrado sustentar un nacionalismo magnífico, positivista, intenso, justo por destacar lo más bello de su telurismo ancestral.

Para otros el folklore no es solo un orgullo nacional, es una formidable industria cultural, estratégica, antiimperialista, anticolonialista.

Universal en su autenticidad pero propia en su calidad.

Y nuestro Ecuador.

Dormido en pírricas glorias.

Suelo preguntar a mis alumnos de Realidad Nacional, en las universidades que me honran como su docente, enumeren únicamente diez de nuestros más grandes pintores, escultores, talladores coloniales y si nombran tres, es casi un milagro. A la misma pregunta sobre los europeos del Renacimiento, una docena lo recita de memoria.

Pero se da el caso, que es tal nuestro desconocimiento que tienen que venir los curadores, directores de los grandes museos europeos, expertos en arte y luego de visitar nuestras pinacotecas, iglesias, conventos, monasterios, exposiciones privadas o de entidades públicas, expresar absortos, con el aliento a flor de vida.

¡Qué maravilla! ¡Extraordinario!

Y sin efluvios demagógicos comparar a nuestro Miguel de Santiago con Velásquez, a nuestro Padre Bedón con el Greco. A Samaniego con el gran Miguel Ángel. Y qué decir de Goribar o de Caspicara.

Estamos ciegos.

Hay que mirar con otra mentalidad. Hay que revalorizar, repotenciar lo que somos y lo que tenemos.

Estos ejemplos previos, son únicamente una minúscula parte del contenido ancestral de nuestra espiritualidad estética. No somos menos que nadie, pero en veces, el Ecuador se siente menos que muchos.

Allí es donde hay que cambiar la mentalidad.

Por ello, éste pilar de la doctrina es sustancial y tiene que partir de la obligatoriedad absoluta tanto en la instrucción formal como en la familiar o de organización comunitaria de forjar total, radicalmente, un nuevo arquetipo de apreciación y valoración ornamental, donde esta tenga sus reales ribetes de magnificencia.

Donde se reconozca, por estar viva, palpitante, auténtica, toda la identidad nacional.

Mientras miremos lo de afuera como enseña de algo presuntamente mejor, sin revalorizar lo nuestro, la fortaleza de un sano nacionalismo no se consolidará.

Cambio de mentalidad.

Por ello la propuesta es concreta.

El pensum académico formativo de la escolaridad ecuatoriana tiene que cambiar radicalmente.

Total.

Sin miramientos.

Hay que formar inteligencias asertivas con una altísima autoestima individual y colectiva.

Nadie jamás será mejor que nosotros. Porque nosotros tenemos un ancestro milenario y una herencia cultural incomparable.

Hay que poner en el alma, en la mente de todos y cada uno de los ecuatorianos el “chip” de la superioridad, fundada en la razón y el humanismo.

Aquí, nosotros, en nuestra tierra estamos dando pasos supremos para consolidar el modelo de pensamiento y actitud que nos hará ante el mundo modelo de transformación y desarrollo equilibrado.

El pueblo que valora su esencia primigenia, la honra y la vive es un pueblo ¡vivo!, es un pueblo ¡vital!

4.3.7. La sublevación educativa

Cambiar la educación desde antes de la concepción y hasta el final de la existencia terrena.

Tecnología de la más alta calidad y eficiencia, red televisiva educativa a nivel nacional.

Programas que privilegien el desarrollo de la mente a partir de la lucidez y la dinámica investigativa que facilite los procesos de aproximación al conocimiento.

Educación con objetivos estratégicos planificados forjados en el ideal de la nación poderosa, eficiente y productiva.

Avanzar más allá del tiempo.

Potenciar el estudio de la estética, el folklore y todas aquellas expresiones que marquen la identidad nacional elevando las mismas a la condición del espíritu superior.

Generar conciencia que la mayor industria de todos los pueblos es la industria cultural y en ello el Ecuador tiene una vertiente de privilegio mayor que cualquier nación del continente como tal dicha trinchera será la que marque la ruta de la nueva nación.

Gestar una política comunicacional pública y privada con altísimos parámetros de calidad del producto informativo y con objetivos previamente determinados en los que se privilegiara la difusión de la ciencia, la investigación científica, las diversas expresiones estéticas y ante todo la exaltación de un sano vital nacionalismo.

4.3.8. Masificación y obligatoriedad de la práctica deportiva

Masificación y obligatoriedad de la práctica deportiva, dirigida, planificada, con avances estadísticos y disciplinas consensuadas.

El cambio de mentalidad tendrá en el deporte su gran masajista emocional.

Todos, absolutamente todos, desde niños párvulos hasta ancianos de noventa años, de manera plenamente planificada ejercerán la gimnasia, el deporte y potenciarán el sentido competitivo, exaltando la victoria como privilegio de la propia personalidad. No egolatría, no vanidad vacua y negadora. Al contrario, engrandecer el espíritu bajo la sana aplicación de proyectos comunitarios masificando y dando el carácter de obligatoriedad con libertad.

4.3.9. Imposición obligatoria de la doctrina de la emancipación

Estamos ya claros de los principales problemas estructurales de nuestro Ecuador. Todos los previamente citados están correlacionados con absolutamente todos los otros procesos de desarrollo y concordancia social. Incluyendo la economía y la industrialización.

El racismo, la exclusión, el gobierno del Estado por falsos modelos democráticos, la vehemencia cleptomaniaca de las elites financieras, políticas, industriales, bancarias, comunicacionales, etc., la mudez y sordera de las masas, la perpetua alucinación de lirismos incandescentes, la corrupción a niveles nunca jamás vistos, el crimen organizado, la pérdida absoluta de fe en la patria, la degradación del sentido de nación y un mil males podrán ser superados si es que el proceso para fecundar la segunda independencia, la revolución del Humanismo Comunitario, se cumplen los pilares previamente enunciados y se da al Credo de la libertad, su real carta de identidad ciudadana obligatoria.

4.3.10. Firmeza y disciplina

Formar procesos comunitarios para la protección ciudadana que facilite vencer la violencia pública.

Centros de reeducación con colonias penales y agrarias industrializadas y con excelente infraestructura médica y psiquiátrica que potencie la reconversión de ciudadanos cuya acción no concuerda con los parámetros de respeto, armonía, sana convivencia y paz ciudadana.

Mano dura. Nada de blandenguerías, disciplina férrea.

Impulsar políticas originales de reeducación para consolidar la honestidad, la ética en todos los actos y sobre todo gestar la mentalidad actitudinal sustentada en la firmeza de los hechos y la disciplina en los actos.

Capítulo 5

EPILOGO: CREDO DE LA LIBERTAD

Para construir la gran patria, para lograr el anhelo de ser a lo largo de este siglo XXI una potencia regional y alcanzar niveles de desarrollo que nos pongan más allá del Estado de bienestar, tenemos que mantener conciencia plena, como un credo grabado en el corazón de los siguientes procesos actitudinales.

Redefinir y forjar con claridad absoluta, con transparencia meridiana un nuevo concepto del Estado nacional, donde absolutamente todas las expresiones raciales, culturales, lingüísticas, de justicia, de tradición, sean respetadas como esencia sacrosanta de todo el ser nacional.

-Declarar como sustento intangible e inalienable del ser nacional, la absoluta vocación de lealtad hacia la nueva patria y la consolidación del Humanismo Comunitario como doctrina de acción.

-Modificar radicalmente la estructura económica del país donde se priorizara el emprendimiento comunitario, el cooperativismo social, la inversión empresarial racionalizada a potencias y reales capacidades de los actores del crédito.

-Consumación a los monopolios financieros con la democratización del capital social. Acciones financieras populares al alcance de la mayoría comunitaria.

-Cambio radical al modelo injusto y depredador de la operación del capital.

El valor del trabajo humano siempre tiene que estar sobre el rendimiento económico.

Es decir privilegiar una vocación anti depredadora, mal gestada en el brutal capitalismo dominante.

-Humanizar las relaciones de acción y dependencia en el concierto laboral. El modelo de jerarquías privilegia las injusticias y minimiza las reales capacidades. Es decir horizontalizar el mando, la administración empresarial, no en base a objetivos economicistas sino a la progresión, crecimiento financiero, intensidad humana.

Esa es la esencia del Humanismo Comunitario.

-Reeducar o más bien, forjar un modelo educativo totalmente diferente al tradicional.

Modificar los pensum académicos.

Desechar en el tacho del oscurantismo, materias, ciencias, conceptos, reflexiones del ayer histórico y que aún subsisten. Desde la parvularia hasta los más altos postgrados universitarios, tendrán un nivel académico de las más alta excelencia pero siempre privilegiando nuestro saber ancestral en comunión con la universalidad de la sabiduría.

Lo que en miles de años de existencia nos legaron nuestros mayores.

-Educar para la libertad.

No racismo, no sexismo, no oscurantismo. Mentes amplias, ideas claras, conceptos útiles, lecciones creadoras.

Basta de basura.

Educar para el porvenir.

Generar una nueva mente, más limpia, menos barroca, barrida de los escombros nefastos del ayer.

Educación que venza los complejos. Educación que racionalice. Educación científica para potenciar nuestra propia ciencia y nuestro desarrollo auténtico.

-Concienciar a plenitud de lo vital que es un nacionalismo ortodoxo, pero no por ello insano.

Al contrario, ennoblecer la patria, el terruño, el entorno, la vida, las capacidades comunitarias pero con mente de privilegio, para aceptar la globalización universal como parte de un proceso ineludible e inexcusable.

-Forjar la mente cosmopolita y como tal la capacidad de conciliar con los más diferentes pensamientos o formas de mirar y ver la vida, sabiendo a plenitud que siempre, nuestra visión, por estar sustentada en el humanismo será persistentemente próxima a la equidad y el sentido común.

-Reformular unas nuevas Fuerzas Armadas. Con otra mentalidad. No disuasiva, ni miedosa, ni débil, ni esponjosa.

Vamos a hacer unas Fuerzas Armadas realmente gloriosas, con capacidad de potenciar la energía suficiente, para a lo largo del siglo, recuperar ese más de un millón de kilómetros que la ambición de los vecinos y la claudicación de los vende patrias nos arrancó.

Tenemos que volver a nuestras dimensiones originales.

A las que tuvimos cuando nacimos como Estado "independiente". Ni un metro más, pero ni un metro menos.

Fuerzas Armadas realmente comprometidas con el pueblo.

No el brazo armado del sistema vigente.

No represivas o con blasones fascistas.

Fuerzas Armadas donde la inteligencia esté sobre la obsecuente insolencia.

-Gestar una nueva, absolutamente nueva política internacional. No la bárbara mediocridad de los “marquesitos de los sobacos perfumados”.

Una política internacional vibrante, activa, que nos dé estabilidad y presencia mundial. No como hasta la hoy de paisito del tercer mundo.

Una política de hombres brillantes y de ideales liberadores. No la que conocemos de serviles prestanombres, ingratos para la razón y la cordura.

-Relaciones con todos los pueblos del mundo. Relaciones solidarias, de respeto pero ante todo de beneficio mutuo. Nada de coctelitos ni mentirijillas.

-Pertenenencia real, con presencia radiante en los grandes foros y debates. No aplaudidores de oficio.

Basta.

Es otra la hora.

Ecuador tiene gente brillante.

¿Dónde están?

-Antiimperialismo radical.

Más de doce naciones en la actualidad tienen el carácter de imperios opresivos, agresores.

Nos codician con brutal lascivia.

Pues forjaremos la política de más alta dignidad y sensatez.

De igual forma contra el poder maligno y cruel de las grandes corporaciones multinacionales, hoy más poderosas incluso que varios Estados del planeta.

Nuestra doctrina privilegia al ser humano, a la vida, a la razón, al sentido común, al amor.

-Forjar el modelo de la democracia real, la democracia solar, que implica el adoctrinamiento de base, - los postulados del Humanismo comunitario- con intensa activación participativa, partiendo de la familia, al barrio, la parroquia, la ciudad, el cantón y así sucesivamente hasta el eje matriz, bajo el sistema del encadenamiento celular horizontal.

No modelo piramidal.

Fin al modelo vertical de administración del Estado y la conducta social.

Al contrario modelo solar.

Un eje desde donde se irradia el mando con el carácter de alto rigor democrático. De su eje se desprende y a él vuelve. Fuerza centrípeta accionada por la fuerza centrífuga.

-Fortalecer las asociaciones de lucha acentuando un permanente adoctrinamiento, sujeto a estrictas leyes de evaluación y ordenamiento disciplinario.

Estableciendo bajo un arquetipo superior de ciudadano, al nuevo ecuatoriano.

La perfidia o la delación al proceso tienen el más alto pago pues es traición a la patria.

Nunca más cientos de mercaderes de la dignidad.

¡Basta!

Nuevo hombre para la nueva nación.

-Nuevas, totalmente nuevas políticas de acción frente a los poderes tradicionales.
Nada de sumisión, nada de cobardías, nada de temores.

La nueva nación se forja en la conciencia colectiva, en la mentalidad liberadora, en el profundo orgullo de lo que sabemos somos capaces de lograr.

Es la lucha por la segunda independencia.

Es la lucha por el reino de la cordura y el sentido común.

El miedo no existe.

Lo única razón para vencer, es saber que estamos cumpliendo el sueño.

Un día imposible, hoy ya en camino.

-Ecuador, grande, soberano, auténtico, digno y poderoso.

REFERENCIAS CITADAS

Bonifaz, Emilio (1981). *Los indígenas de altura del Ecuador*. Quito: Editorial Antares.

Galarza, Jaime (1980). *El yugo feudal*. Guayaquil: Editorial Universidad Estatal de Guayaquil.

Galarza, Jaime (1980). *El festín del petróleo*. Cuenca: Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana del Azuay.

FAO (Informe de la organización mundial de la alimentación) (2010) Índices de desarrollo y pobreza del Área Andina Página WEB [www Fao org](http://www.Fao.org).

Marx, Karl (1986). *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*. México: Grijalbo.

Michaux, Henri (2012). *Ecuador paraíso infecundo*. París: Editorial Gallimard.

Von Humbolt, Alexander (2012). *Memorias de viajes*. Embajada de Alemania. Departamento de Información Quito.

Mapas cartográficos de la Audiencia de Quito. Del Departamento del Sur de Colombia.

Del Virreinato de Lima y el de Santa Fe de Bogotá, Instituto Geográfico Militar IGM. Quito. Ecuador (2010).

